# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1854. — Tomo IV.

EDITORES PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, nº 10, en Paris.

SUMARIO.

Las bodas de Fatma-sultana ; grabado. — El Tirteo español. - Revista de Paris. - Recuerdos de un dia en Solo en la isla de Java; grabados. — Margarita Pusterla. — El topo y

otros animales. - El puerto y la ciudad de Odesa; grabado.-Gonza-10 Fernandez de Oviedo y las Quincuagenas. --La Crimea. - La Flor de la Canela. - Costumbres rusas; grabados. -Toniotto y María. — La niña sin corazon.-Los infiern)s. - El mareómetro de San Malo; grabado.

#### Las bodas deFatma-sultana.

El matrimonio de Alí-Ghalib-bajá, hijo de Reschid-bajá, con Fatma-sultana, hija del sultan Abdul-Medjid, es un acontecimiento que presenta toda la gravedad de un gran hecho político; es la consagracion dela alianza de la Turquía con las ideas de progreso y de civilizacion, y es el complemento de ese edificio de reforma construido tan laboriosamente por Reschid-bajá desde hace quince años; el Sultan debia esa recompensa á su digno ministro.

S. A. Alí-Ghalib-bajá es el hijo tercero de S. A. Reschid-bajá, y ha entrado ya en los veinticuatro años. Su fisonomía es de una expresion suave y sus ojos muy vivos. Es uno de los hombres de porvenir que tiene la Turquia. Niño todavía, Alíbey acompañó á su padre en su última embajada á Francia en 1844, y recibió una buena educacion en una casa particular de Paris. Dotado de una inteligencia notable, y apto para toda clase de trabajo, Alí-bey sacó mucho Truto de las lecciones de sus profesores. Entrado desde entónces en los negocios, á la vista de su padre, Ali-bey pasó por todos los grados ci-

viles y llegó á una posicion elevada que legitimaban sus altas y preciosas facultades. Miembro del gran consejo del Imperio, Alí-Ghalib-bajá tomó parte últi-

dieron todas las cuestiones vitales concernientes á la dignidad del Sultan, á la independencia del Imperio otomano y al porvenir de la Europa entera. En el mamente en esas reuniones solemnes, donde se decidia Alí-Ghalib-bajá es un hombre al corriente de los

negocios, y ninguno mejor que él merecia el brillante favor que, por orden del soberano, le llamó á entrar en el seno de la familia imperial.

He aquí ahora como cuenta el Diario de Constantinopla las fiestas que han tenido lugar con motivo de aquel matrimonio:

« El juéves 10 de agosto se celebraron en el llano de Balta-Liman las fiestas del casamiento de Fatma-sultana, con Alí-Ghalib-bajá. Treinta tiendas de campaña magnificas y otras muchas de menor riqueza se elevaban allí destinadas á los ministros y altos funcionarios del gobierno imperial, y una de ellas estaba reservada al cuerpo diplomático y á sus familias.

» Ya desde el lúnes sedirigia á aquel paraje innumerable gentio, deseoso de ver los preparativos de la funcion, y el jueves, á cosa de las once, se veia el llano de Balta-Liman cubierto de una poblacion compacta que, llena de gozo, asistia á los bailes y á los juegos públicos de toda especie reunidos allí. Sobre las armas veíanse tropas de la guardia imperial y de línea, así de caballería como de infantería.

» Carruajes, situados junto al palacio de Balta-Liman, conducian á los representantes de las potencias extranjeras hasta la tienda puesta á su disposicion, la cual estaba colocada en la parte mas alta del llano, desde donde se disfrutaba de un admirable golpe de vista. Kiamil-bey, introductor de embajadores, era el encargado de recibirlos y conducirlos á la tienda, en donde, lo mismo que en todas partes, se prodigaban los manjares



S. A. I. Fatma-sultana, hija de S. M. Abdul-Medjid, emperador de Turquía, rodeada de sus principales aderezos de novia.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

mas delicados y los mas exquisitos-refrescos. El arouz allai, que es la procesion de novia, salió á las cuatro, compuesta de la mas imponente comitiva. En un coche resplandeciente de oro y colgado de vistosas telas que la ocultan á los ojos del público, iba la sultana Fatma, y tras ella marchaban otros sesenta coches de gran lujo, con los príncipes de la familia imperial, la superintendenta del harem del Sultan y las damas de su palacio, así como las de los harems de los grandes dignatarios. A caballo y de grande uniforme iban el gran visir, el jeque-ul-islam, los ministros de la Puerta, los grandes dignatarios y los altos funcionarios del gobierno imperial.

» En esta disposicion dirigióse la comitiva al palacio de Balta-Liman, seguida de la infantería y de la caballería que, mandadas por Massar-bajá, hijo de Reschidbajá, y con sus dos dos bandas de música al frente,

marchaban en dos filas.

» Luego que hubo ella llegado al palacio de Balta-Liman, y que en torno suyo se hubieron reunido todas sus damas, invitósela á entrar en las habitaciones. Las personas que formaban la comitiva, despues de haber felicitado á Alí-Ghalib-bajá, se dirigieron entónces á las tiendas que les estaban destinadas, donde se les sirvió un suntuoso banquete, concluido el cual marcharon á tomar parte en los bailes y los juegos de la funcion.

» A eso de las siete y media empezáronse a tirar los mas magníficos fuegos artificiales que en Constantinopla se hayan visto nunca, los cuales han durado hasta las once, haciendo en los intermedios volar miles de cohetes de todos colores, que se perdian de vista. »

## El Tirteo español.

III.

Hasta ahora solo hemos registrado aquellas composiciones en que nuestro gran poeta canta heróicas hazañas ó hace vehementes excitaciones al patriotismo de
sus conciudadanos, animándoles á buscar la gloria de
la inmortalidad en los peligros del combate, y los versos que hemos citado demuestran mas que todo lo que
en su elogio pudieramos decir la supremacia del genio
de Quintana en este género de composiciones. Hoy vamos á recordar la sublime crítica de la dinastía austriaca, poesía en que el autor presenta un cuadro histórico tan rico en el colorido como preciso en el dibujo.
Esta es quizá la obra de Quintana en que mas elevado
se ostenta dicho señor como poeta y como filósofo, dotes
que se revelan desde luego en esta magnifica introduccion:

En los amargos dias Que serán luto eterno en la memoria, Y á los siglos remotos indignada Con hiel y llanto pintará la historia:

Cuando despues de reluchar en vano Con la dura opresion en que gemia La tierra, sin aliento, al yugo indigno El cuello pusilánime tendia:

Al tiempo que el destino,
Las espantosas puertas desquiciando
Del imperio del mal, sus plagas todas
Sobre España lanzaba
Y ella miseramente agonizaba;

Yo entónces afligido,
« Pide, dije á mi espíritu, sus alas
A la paloma tímida, inocente»
Tómalas, vuela, y huye á los desiertos,
Y vive allí de la injusticia ausente.

No puede darse una descripcion mas enérgicamente sombría de un estado social. Si hay una pintura que pueda rivalizar en animacion con la precedente, es la que hace el poeta de aquel sitio real, digna creacion del misántropo Felipe II:

> Al punto presurosas Mis plantas se alejaron A las sierras nevadas y fragosas, Lindes eternos de las dos Castillas. Ya sus cimas hermosas Mi pensamiento alzaban Del fango en que tú, córte, nos humillas, Cuando mis ojos la mansion descubren Que, en destinos contrarios, Es palacio magnífico á los reyes Y albergue penitente á solitarios. En vano el genio imitador su gloria Quiso allí desplegar, negando el pecho A la soberbia admiracion que inspira: ; Artes brillantes! exclamé con ira, ¿Será que siempre esclavas Os vendais al poder y á la mentira? ¿Qué sirve, oh Escorial, que al mundo asombres Con la pompa y beldad que en tí se encierra Si al fin eres padron sobre la tierra De la infamia del arte y de los hombres? ¿Mas no es tumba tambien?.....

No podia haberse ocurrido al poeta un pensamiento mas profundo y mas natural. Aquella mansion le affige, porque en ella ve los esfuerzos que el arte y el genio han hecho para complacer á los déspotas; pero el arte y el genio que elevaron aquel monumento á la soberbia humana, construyeron el panteon donde sucumben todas las grandezas de la tierra junto á los alcázares, testigos mudos de tantos vicios y desmanes. Dejemos continuar al poeta:

¿Mas no es tumba tambien?... Y en esta idea Embebecido el pensamiento mio Quise al recinto penetrar en donde, Bajo eterno silencio y mármol frio, La muerte á nuestros príncipes esconde.

¡Salud, célebres urnas! en el oro,
En las pomposas letras que os adornan
Decidme, ¿qué anuncias? Tal vez memorias,
Memorias ¡ay! en que la mente opresa
Con el dolor presente
Pueda aliviarse al contemplar las glorias
Que un tiempo ornaban la española gente.
¡Sepulcros, responded! Y de repente
Abrense de la bóveda las puertas
Sobre el sonante quicio estremecido;
La antorcha muere que mis plantas guia,
Y embargado el sentido
Mil terribles imágenes se ofrecen
A mi atemorizada fantasía.

He aquí ahora un rasgo en que nuestro poeta griego que tanto parece haberse sujetado al gusto y preceptos de los buenos autores clásicos, parece rendir culto mas bien á la verdad, á esa sucesion psicológica de las emociones naturales en momentos análogos que á las exigencias rutinarias de una escuela obstinada en circunscribir á un molde determinado todas las sensaciones y todos los pensamientos de los mortales. En virtud de estas reglas sancionadas en la práctica por muchos hombres de mérito, suelen los poetas empezar sus composiciones invocando el auxilio de los númenes del Parnase. Quintana conmovido verdaderamente en la situacion que describe, puede decirse que no deja tiempo al poeta para pensar en el artista, y hace la siguiente invocacion à la musa del saber en la mitad de su cuadro:

Tú que ceñiendo de laurel la frente
Con austero semblante
Y en perdurable verso
Presentas la verdad al universo,
Sin que el halago pérfido te vicie
Ni el ceño de los déspotas te espante,
¡Oh Musa del saber! mi voz te implora;
Dame que pueda revelar ahora
Lo que ví, lo que oí, cuanto escondido,
Sin que los hombres á entenderlo aspiren,
Yace allí entre las sombras y el olvido.

La Musa responde favorablemente al llamamiento del poeta, que empieza su narracion eminentemente fantástica diciendo:

Un alarido agudo, lastimero,
El silencio rompió que hondo reinaba
Miéntras las urnas lánguida alumbraba
Pálida luz de fósforo ligero.
Levanto al grito la aterrada frente
Y un jóven se presenta augusto y bello.
En su lívido cuello
Del nudo atroz que le arrancó la vida
Aun mostraba la huella sanguinosa,
Y una dama á par de él tambien se via,
Que á fuer de astro benigno entre esplendores,
Con su hermosura celestial seria
Del mundo todo adoracion y amores.

De este modo resume el poeta la historia sangrienta de Isabel de Valois y del principe D. Cárlos. El ligero bosquejo que hace de aquella reina desgraciada puede mirarse como un modelo, y prueba la facilidad con que la musa privilegiada de Quintana sabe plegarse á diversos tonos, la riqueza de sus inspiraciones; pero en los versos siguientes, cuando este Apeles de la poesía hace el retrato de Felipe II, pasa los límites de toda ponderacion, se excede á sí mismo, da, en fin, la medida mas alta que el genio puede ambicionar y concebir en el género descriptivo.

¿Quién sois? iba á decir, cuando á otro lado
Alzarse ví una sombra cuyo aspecto
De ódio á un tiempo y horror me estremecia.
El insaciable y velador cuidado,
La sospecha alevosa, el negro encono,
De aquella frente pálida y odiosa
Hicieron siempre abominable el trono.
La infame hipocresía,
En sed de sangre y de dominio ardiendo,
En sus ojos de víbora lucia.
El rostro enjuto y míseras facciones
De su carácter vil eran señales
Y blanca y pobre barba las cubria
Cual yerba ponzoñosa entre arenales.

Esta es, en efecto, una obra maestra. Cuéntase que uno de nuestros mas notables pintores modernos iba á empezar el retrato de Felipe II, á la vista de los que existen en nuestros museos, proponiéndose aventajarlos en el aspecto sombrio del personaje, porque suponia con razon que en los tiempos en que dichas obras se hicieron, la adulacion no habria consentido en dar á la fisonomía del rey sanguinario todo lo que debia tener de siniestra y odiosa. Tales eran los cálculos del artista cuando oyó recitar el último trozo de poesía que acabo de copiar, y entónces desalentado tiró los pinceles diciendo: « Renuncio á mi empresa; la pintura no puede elevarse á tan sublimes concepciones. » Yo creo, sin embargo, que la pintura puede muy bien rivalizar con la poesía cuando se trata de retratos, solo que para competir con una musa como la de Quintana se necesita un genio como el de Miguel Angel.

Despues de bosquejar nuestro poeta la siniestra figura de Felipe, pone un diálogo animado entre el padre y el hijo, entre el verdugo y la víctima, que es una crítica admirable del déspota en particular y del despotismo en general, y termina el príncipe preguntando cual fué la secreta culpa de la infeliz reina para morir con él, sin que pudieran favorecerla sus cualidades de esposa

y de princesa.

. . . . . . . . . . . . . . . . . Un hondo Gemido entónces penetró los aires Que al desplegar sus labios dió la triste.

¡Ay, prorumpió, de la que nace hermosa! ¡Qué la valdrá que en su virtud confie, Si la envidia en su daño no reposa Y la calumnia, hiriéndola, se rie? Yo dí al mundo la paz, Paz me nombraron. Quise al cruel que se llamó mi esposo Un horror impedir y este es mi crimen.

Pedí por tí con lágrimas, mis ruegos,
Cual si de un torpe amor fuesen nacidos,
Irritaron su mente ponzoñosa;
La vil sospecha aceleró el castigo
Y sin salvarte perecí contigo.
¡Ay, infeliz, de la que nace hermosa!

Este trozo es una nueva muestra de los delicados sones que sabe hacer producir á la lira del sentimiento y del amor el poeta que tan robustos acentos ha sacado de la trompa guerrera.

Por último, esta escena fantástica de los tres indicados personajes termina de este modo:

El tirano temblaba
Desesperados ayes
Su boca despedia;
Y de sus miembros trémules
En convulsiones hórridas
Brotaba á su despecho la agonía.

Sí, nacer para el mal, romperse el velo
De la ilusion que arrebató ácia el crímen;
Presentes ver las víctimas que gimen,
Ser ódio, execracion del universo.
Mirar que niega la implacable suerte
Todo retorno al bien, ¡ay! al perverso
Este infierno tal vez en vida alcanza,
Si aun le sigue á los reinos de la muerte
¡ Qué terrible, oh virtud, es tu venganza!

Hay en los cuadros de los grandes artistas pinceladas sublimes que por sí solas harian la reputacion de sus autores. La composicion de que me voy ocupando es la primera poesía castellana de su género, y dudo mucho que entre los vates del Norte se encuentre una fantasía mas bella y acabada bajo todos conceptos. Pero el apóstrofe á la virtud que llevo citado, así como el retrato de Felipe II, que tambien he copiado ántes, pertenecen al número de esas pinceladas maestras que se destacan de todo cuadro, y que uno contempla repetidas veces sin cansarse de admirarlas. Si Quintana no hubiera producido mas versos que los indicados, seria sin embargo el primero de nuestros poetas y el único filósofo de nuestra patria.

La poesía al panteon del Escorial tiene dos partes, aunque el autor no haya hecho esta division. En la primera solo figuran los mencionados personajes de Felipe II, el príncipe D. Cárlos y la reina Isabel de la Paz ó de Valois. En la segunda aparecen los demás individuos de la fatal dinastía austriaca, y como esta segunda parte nos dará por sí sola asunto para un artículo, dejarémos su exámen para el número siguiente

de nuestro periódico.

J. M. VILLERGAS.

#### Revista de Paris.

He aquí un hecho histórico:

En un pueblecillo poco distante de la capital vive retirada en su casa de campo una señora viuda, de avanzada edad y sin otra compañía que la de su doncella. La buena anciana habia tenido últimamente la pesadumbre de perder su cotorra, una de las pocas distracciones que alegraban su espíritu en el retiro, y la doncella, para reemplazar esta dolorosa pérdida, imaginó el comprar un perrillo de aguas, cuyas lanas blancas y sedosas probaban su excelente casta. Pero ; ay! en cuanto la viuda distinguió en su casa al bonito animal, principió á dar voces, diciendo que se le llevaran inmediatamente.

- ¿Con qué no le gusta á Vd. Filidor, mi buena señora? Sin embargo, ya ve Vd. qué lanas tiene tan hermosas; sus ojos parecen de fuego; y ¡cómo la mira á Vd.! diríase que

implora su gracia!

\_ Que se lleven de aquí á ese animal, no quiero aquí perros, decia la viuda.

- Pero Filidor ...

- No, Teresa, no hay Filidor que valga, digo que no quiero

perros. Teresa, la doncella, se resignó á obedecer á su señora, se llevó el perro fuera de la sala, y cuando la anciana recobró su tranquilidad, su compañera, pues así podemos llamar á la criada que la servia hacia ya muchos años, volvió á entrar y la dijo:

- Ignoraba que tuviera Vd. una aversion tan señalada á los perros, pero en todo caso Filidor merecia una excepcion.

- Es que he tenido ya otro Filidor, contestó la viuda. - ¿ Parecido á este ?

- Idéntico; el mismo tamaño, las mismas lanas, los mismos ojos; tú no habias entrado en mi casa todavía; pero no me cogerán dos veces, te lo juro.

- No la comprendo á Vd.

- Te agradezco tu atencion, Teresa. Tú no tienes la culpa de nada de esto, porque no conociste á Filidor, al otro.

- ¿Pero la ha causado á Vd. tantos males? - Me ha causado males inauditos, dijo la anciana.

- ¿La mordió á Vd.?

- Mucho peor que eso; aquel si que era un perro inteligente, astuto, y de una hipocresia, de una disimulacion, vamos, no quiero acordarme.

- X se llamaba tambien Filidor?

- Sí, pero voy á contarte como se introdujo en mi casa aquel ma!dito perro. Un dia encuentro en la calle á una mujer cubierta de harapos, que llevaba un perrillo soberbio; di una limosna á la pobre jóven, y me quedé mirando al perro.

- ¿Cuánto vale ese animal? la pregunté.

- Seis pesos, me dijo.

Andrés, el criado de mi difunto esposo, que marchaba detrás de mí, examinó bien el perro y le encontró sin defecto ninguno ; yo dí el dinero á la mujer, y Andrés quiso apoderarse del perrillo.

- Espere Vd., le dijo la que habia sido su ducha.

Y tomó al perro de una oreja, y le administró unos cuantos golpes.

- Hago esto, dijo, para hacerle perder la amistad que me tiene, sin lo cual no habria consentido nunca en apartarse de mi lado; ahora, hágale Vd. algunas caricias, y ya queda de

Vd. para siempre.

Mi marido, continuó la viuda, se puso muy contento con el perrillo; yo estaba loca por él, no queria permitirle que me dejara ni que se separase de mí un solo instante. Siempre le estaba dando golosinas, y me acompañaba por todas partes. Su inteligencia me sorprendia, no tenia mas que mirarle para que me obedeciera; iba, venia, se apartaba de mí, y volvia á la menor señal; á veces le creia dormido sobre su taburete, y examinándolo con mas atencion, notaba que seguia mis movimientos, los espiaba, y aquel sueño fingido no era mas que una astucia para engañar á las personas que estaban conmigo y para no obedecer á nadie mas que á mí; maldito animal. ¡qué malo era!

- ¡Cómo! exclamó Teresa, ¿dice Vd. que era malo un ani-

mal que la mostraba tanto afecto?

- Ahora verás, calla y escucha. Una noche estaba yo sola en la sala, pues mi marido se habia retirado á su despacho, y me habia puesto á examinar una cuenta de mi modista; entónces gastaba yo otro lujo que ahora. La cuenta subia bastante, el total daba miedo; incomodada conmigo misma por lo mucho que gastaba, cogí el papel y le metí entre los almohadones del canapé, cuando mi mano tropieza con un envoltorio, le cojo, le abro, y era una pieza de encaje á cuatro pesos la vara que habia estado regateando por la mañana en una tienda, y que no quise tomar por su alto precio.

- Vamos, dije para mí, es un regalo de mi marido, lo que me extrañó, pues hacia mucho tiempo que habia dejado de ser

galante conmigo.

Levanté el almohadon, y ví relucir un objeto, era un brazalete de oro con una flor de diamantes, que tambien habia visto aquella mañana en casa de un platero, y que no quise comprar por la misma razon que no compré los encajes... y aquel brazalete estaba allí... en mi sala, oculto entre los almohadones de mi canapé... Sobrecogida de un vago temor, fuí al despacho de mi marido, con la joya en una mano y los encajes en la otra, y le dije:

- ¿Qué regalos son estos, amigo mio?

Mi marido cogió los encajes y los tiró en un rincon, y luego, examinando los diamantes, exclamó con sorpresa:

- ¿Te has vuelto loca para gastar el dinero en cosas tan

superfluas?

Entónces le conté mis visitas de por la mañana, y le expliqué el asombro que me habia causado el encontrar en mi canapé unos objetos que no habia querido comprar, y que por consiguiente no habia pagado. El hecho le pareció tan grave á mi marido, que salimos inmediatamente á las tiendas que yo visité por la manana. La modista, por quien empecé mis investigaciones, no habia notado nada todavía, y no habia pensado en enviarme á casa los encajes que la entregué; era cosa de perder la cabeza. En la platería sucedió lo mismo; toda la tienda estaba revuelta, y la pérdida del brazalete tenia angustiado á todo el mundo. No me acusaban de haber tomado aquella alhaja, pero se acordaban muy bien de que no la habian enseñado á nadie mas que á mí; por fin, las cosas pasaron de tal modo, que mi marido figurándose que el platero tomaba nuestra visita inesperada por efecto de los remordi-

mientos, ó del temor natural en los culpables, se enfureció, y en la rabia que le dió esta idea, hubo de levantar la mano al platero.

La viuda se interrumpió, y prosiguió al cabo de una pausa:

- Nos volvimos á casa muy inquietos, pues mi marido pensaba que el platero podria quejarse á la justicia, lo que habria

sido un mal negocio para nosotros. - ¿Estás bien segura, me preguntó, de no haberte metido

en el bolsillo ese maldito brazalete? - Tan segura como lo estoy de no haber tomado los en-

cajes. - Pero quizás por indiscrecion... por inadvertencia...

- De ningun modo, amigo mio.

- Entónces ¿ cómo se encontraban en casa esos objetos?

- No puedo explicármelo.

En efecto, me era imposible darme cuenta de aquel acontecimiento singular, con tanto mas motivo cuanto que en los rincones de mi cuarto hallé cintas, ovillos de seda y de lana, papeles de agujas y de alfileres. El enigma se complicaba mas y mas á cada instante, y yo no sabia que partido tomar, cuando salí de dudas por una revelacion tan singular como el hecho mismo; á la otra mañana se presentó en mi casa una jóven...

- Señora ama, interrumpió la doncella, creo que se olvida Vd. del perrillo, pues no puedo adivinar que conexion puede

tener con él todo lo que está Vd. diciendo.

- Vas á verlo ahora, respondió la viuda, no me he apartado del asunto. Entró, como te decia, una jóven muy bonita, vestida con elegancia, y cuyas maneras denotaban una mujer bien educada. Me suplicó que mandara salir á la muchacha, y cuando estuvimos solas me dijo:

- No me conoce Vd., y sin embargo, no es la primera vez que nos vemos; yo soy la que vendí á Vd. el perrillo de

aguas.

- ¡Cómo! Vd. es aquella...

- Sí, señora, respondió muy serena la hermosa desconocida; yo soy todo en el mundo, excepto una mujer respetable.

- ¿Qué es Vd. pues? ese lenguaje me espanta. - Volvamos á Filidor, me contestó; queria decir á Vd. que es un animal muy hermoso, pero tiene un vicio terrible, y yo me veo obligada á confesar que su educacion la debe á mis lecciones: Filidor es un ladron famoso.

- ¡Filidor un ladron!

- Sí, señora; es un ladron de mucha astucia, y sino haga Vd. la experiencia cuando entre Vd. con él en una tienda cualquiera: primero se separará de Vd. como enfadado, hará que no la conoce, volverá los ojos á otra parte, y sin embargo, no la perderá à Vd. de vista ni un segundo. Coge Vd. una pieza de encaje, la desdobla, la admira, y la vuelve Vd. á colocar sobre el mostrador de la tienda, pues bien, esto le basta. En una platería toma Vd. un brazalete, examina Vd. al sol los diamantes, Filidor no necesita otra cosa; al cabo de una hora el brazalete está en su casa de Vd. y la pieza de encaje se halla escondida entre sus muebles.

- ¿Pero es verdad? exclamé yo; ¿con qué Filidor es la causa

de las escenas de ayer noche?

- Sí, señora. - ¿Y no sabe Vd. que mi marido ha dado de bofetones al platero?

- Lo sé.

- ¿Y Vd. es quién ha enseñado á Filidor?

La jóven se sonrojó, sus labios se agitaron convulsivamente, sus ojos se humedecieron de lágrimas, y se arrojó á mis piés en ademan suplicante.

- ¿Pero quién es Vd.? la pregunté yo retrocediendo, ¿quién es Vd.?

- Una pobre jóven privada de los cuidados de su madre, abandonada de su padre, y perdida en el mundo.

- ; Ah! ya comprendo... es Vd. hermosa, jóven... - ¡Oh! no, no me comprende Vd., contestó la desconocida levantándose, no soy lo que Vd. piensa, pero quizás cuando conozca Vd. mis faltas me despreciará lo mismo que si lo

fuera. - Entónces, prosiguió la viuda, murmuró á mis oidos algunas palabras que me aclararon el misterio : era una ladrona.

- ¡ Una ladrona! exclamó la doncella.

- Sí, esto es, Filidor robaba por ella, era su agente, le habia enseñado á eso, y el discípulo hacia honor á su maestra. El perrillo robaba varias veces por año en las principales tiendas de Paris con una audacia, una sagacidad y una impunidad nunca vistas.

- Señora, me dijo aquella mujer, la Providencia me ha sacado del abismo en que me hallaba sumergida. Hace tres meses me ha tocado una herencia de un pariente lejano, y soy rica; no puedo reparar el daño que he hecho sino mediante una limosna, y en efecto, ya he entregado al cura de mi parroquia una suma considerable de dinero; creo que Dios me perdonará. Pero ; ay! en tanto que Filidor me pertenecia era imposible que yo pudiera vivir honradamente; la educacion viciosa que yo le habia dado me comprometia á cada instante, era preciso deshacerme de él, y entônces recurrí á la estratagema que me salió bien con Vd. Si me cubrí de harapos como una desdichada, fué porque me importaba mucho que nunca pudieran descubrir á la antigua ama del perro; por una casualidad he sabido el apuro en que se hallaba Vd., y he venido á hacer á Vd. una confesion que puede perderme en el momento que diga Vd. la menor palabra.

- Jamás he denunciado á nadie, señora, respondí yo seca-

mente.

La jóven bajó la cabeza como aceptando con resignacion mi frialdad y mi desden.

- Vaya Vd. con Dios, la dije, y hágase Vd. digna de la estimacion de las gentes honradas. Muchas gracias por el aviso que me ha dado Vd. acerca de su perro.

La desconocida me contestó sollozando que se iba á marchar de Paris para siempre, y salió dándome muestras de arrepentimiento que creí sinceras.

- Y qué hizo Vd. entónces, señora? preguntó la doncella.

- Tomé á Filidor conmigo y volví á casa de mi platero, le conté toda la historia, y curiosos ambos de examinar el hecho, dejamos á Filidor libre de despacharse á su gusto. En efecto, el picaro animal se apoderó de un sillon, metió la cabeza entre sus patas, y no perdió uno solo de mis movimientos. Yo tenia delante anillos, collares y otras alhajas; aparenté que me gustaba mucho una sortija de esmeraldas, encerrada en una cajita encarnada, y algunos instantes despues la cajita y Filidor desaparecieron sin que el platero ni yo lo hubieramos notado. Tan diestro y astuto era el ladron.

- Ahora, dije yo al joyero, venga Vd. á mi casa á buscar su sortija, que seguramente se encontrará en el mismo sitio

donde estaba ayer el brazalete.

En efecto allí estaba; yo previne á mi marido, quien sin decir una palabra, cogió al perro, bajó al jardin de la casa, y le mató de un pistoletazo... Ya puedes figurarte mi dolor, Teresa; yo queria mucho á Filidor á pesar de su inmoralidad, hija de la perversa educacion que habia recibido, y juré que jamás volveria á entrar un perro en mi casa.

- Ignoraba la historia de Filidor I, dijo la doncella, sin lo cual no habria traido aquí al segundo Filidor; pero aquella mujer culpable hizo á Vd. un gran favor descubriéndola, aun-

que tarde, los malos hábitos del perrillo.

- ¿Y crees que aquel paso fué desinteresado? no por cierto; aquella ladrona arrepentida que tanto lloraba y gemia al arrojarse á mis piés, me robó el reloj y la cadena que yo llevaba; ese era el objeto de su visita. Era tan diestra como su perro; nunca volví á saber de ella, y me guardé muy bien de confesar la pérdida del reloj á mi marido. Ahora conocerás si tengo razon para aborrecer los perritos de aguas.

- Es muy justo, señora, y por eso reemplazaré la cotorra que hemos perdido con otra cotorra, y no con un perro.

En el verano del año último señalamos ya á nuestros lectores los muchos pases que se dieron para implantar en el centro de la Francia ese espectáculo particular de nuestra tierra que se llama corrida de toros. Empeños, súplicas, transacciones en cuanto á ciertos detalles verdaderamente repugnantes de esa funcion nacional tan aborrecida de Jovellanos, nada pudo prevalecer ante la firme resolucion del gobierno del Imperio para no autorizar en Paris la diversion favorita de los pueblos españoles. Sin embargo, la severidad de la decision ministerial no se hizo extensiva á los departamentos, y los empresarios rechazados en la capital fueron acogidos en las provincias del Mediodía. Burdeos tuvo, pues, sus corridas de toros modificadas y embellecidas al gusto francés, y en justicia debemos confesar que la cuadrilla indígena que trabajaba en competencia con los españoles no era inferior á estos en la lucha. Así sucedió que la aficion á los toros fué tomando incremento en el Mediodía, donde sin duda los hábitos y las costumbres y aun los gustos, presentan mayor afinidad que en el Norte con las cosas españolas, y en el dia los habitantes de ciertos puntos de la Francia meridional dificilmente podrian resignarse á prescindir de las corridas.

Hay sobre todo en los arrabales de Bayona un lugar llamado Saint-Esprit, donde el entusiasmo raya en locura. Allí se ha construido un hermoso circo, y se contratan buenos toreros y buen ganado lo mismo que en las mejores plazas españolas. Este año el Emperador, durante su permanencia en Biarritz, quiso asistir una tarde á la corrida con la emperatriz Eugenia, y segun han dicho los periódicos de Madrid ocurrió con ese motivo un lance muy propio de nuestra gente de capa y espada, y que hizo reir un rato á sus majestades.

Sabida es la costumbre que tienen los toreros de echar un brindis al que preside la plaza ántes de dirigirse á matar al toro; el espada á quien primero le tocó llenar este deber caballeresco, informado previamente de que el pronombre personal usted se traduce por vous en la lengua francesa, arrojó su gorrilla con donaire ante el Emperador, y pronunció con acento andaluz el siguiente discurso:

- Brindo por bu, por la mujer de bu y por el bu de todos

los franceses.

MARIANO URRABIETA.

### Recuerdos de um dia en Solo en la isla de Java.

Solo, donde transportaremos al lector sin mas preámbulo, es la capital de las posesiones de los príncipes de Java. Es una ciudad bastante grande, situada en una vasta llanura cubierta de arrozales, en medio de un espeso bosque de cocoteros, bambús, tamarindos, palmeras y otros árboles de esencias variadas. Se divide en dos poblaciones distintas; la poblacion

europea y la indígena.

La primera se desarrolla entre hermosas arboledas que conducen á una inmensa plaza, sobre la cual han construido un fuerte los holandeses, y la segunda se halla encerrada en un recinto de murallas que llaman el Craton, y en ella reside el emperador, con unos 35,000 habitantes. Como se puede imaginar, el viajero de quien tomamos estos detalles, M. Delessert, se apresuró á visitar la ciudad indígena en cuanto llegó; y pidió una audiencia al emperador de Jaya.

El emperador, dice M. Delessert, contestó que nos recibiria a mí y a mis compañeros de viaje a las diez de la mañana. Fuímos exactos, y aun llegamos ántes de la hora, lo que nos dió tiempo para subir á una torre desde la cual se disfruta del curioso panorama que presenta Solo y sus alrededores. En cada piso del salon hay una salita adornada con algunos cuadros que representan escenas de la vida de Napoleon, considerado como un Dios en Java.

El patio del palacio adonde bajamos, estaba lleno de una muchedumbre extraordinaria de hombres, mujeres y niños, agregados, á diversos títulos, al servicio del emperador. En tanto que contemplaba yo con admiracion las hermosas armas de los soldados, con sus puños de oro adornados de diamantes y de piedras preciosas, y sus vainas de oro, vimos llegar á Pangeran-Bay, hermano del emperador, que venia de dar un paseo por la mañana. A su vista todos los asistentes inclinaron á tierra sus cabezas y conservaron la misma posicion miéntras permaneció en el patio... Aquellos á quienes dirigia alguna pregunta cruzaban las manos ántes de responderle, y elevándolas á la altura de la nariz, las bajaban en señal de saludo.

Pangeran-Bay es un hombre muy original y divertido; siempre lleva consigo seis ú ocho jorobados ú enanos, que cada cual tiene su empleo diferente. Este lleva una cajita de oro llena de betel (Pangeran-Bay está siempre mascando esta planta), el otro una escupidera de oro, el de mas allá un quita-sol de magnificas plumas, etc.

Miéntras hablabamos con Pangeran-Bay, una mujer, de cierta edad, ricamente vestida, (solo las mujeres ancianas pueden penetrar hasta el emperador) vino á advertirnos que Pakoe Boewono, Senopati, Jugahego,



El emperador de Solo (Java).

Ngabdur, Rachman, Saijdin, Panotogomo VII nos esperaba. Seguimos á la vieja y fuímos recibidos en un cuerpo de edificio designado con el nombre de Europeo, porque está amueblado á la europea. El emperador se

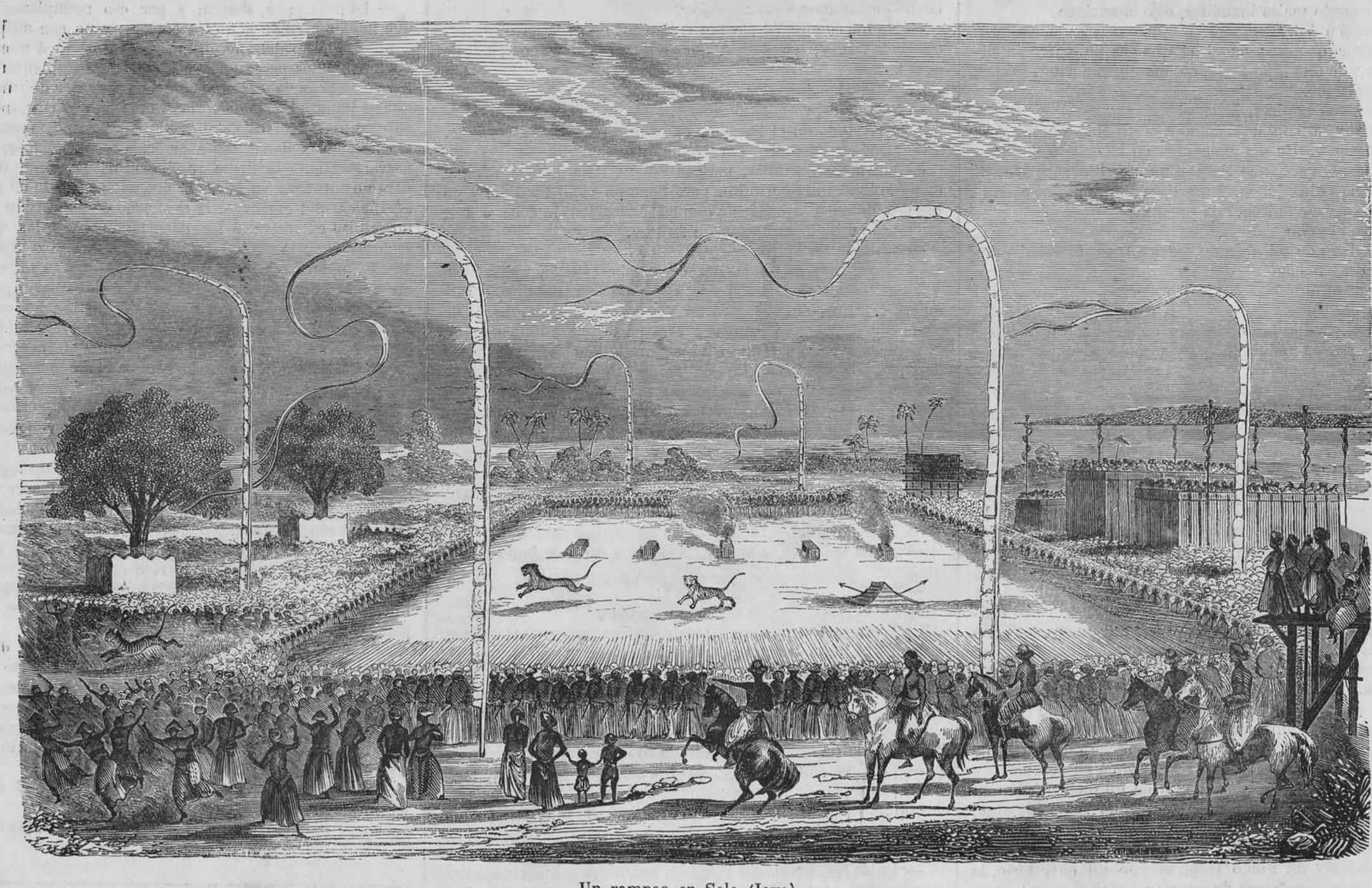
sonrió con afabilidad al vernos. Uno de sus oficiales que se habia casado con una mujer de su familia, entró y se arrojó á sus piés gritando:

—; Ay!; mi mujer ha muerto!

—; Ay!; mi mujer ha muerto!
—; Cuánto lo siento! respondió el emperador soltando una carcajada, pues es de advertir que el emperador se rie constantemente.

Este soberano tan jovial y cuyo nombre es demasiado largo para repetirle, tendrá unos cuarenta y ocho años. M. Delessert hace de él un retrato completo, pero nosotros no hablarémos mas que de su traje. Estaba vestido sencillamente; llevaba una falda larga y una especie de chaquetilla de seda de color de perla, sobre la cual brillaban dos cruces, la del leon holandés, y una condecoración indígena. Los botones eran de brillantes; su tocado consistia en un pañuelo, y en los piés llevaba unas babuchas bordadas de oro; por fin en su cintura tenia un kriss cubierto de diamantes.

En cuanto los viajeros se sentaron, el emperador hizo una señal, y unas mujeres de la mas alta nobleza javanesa, vinieron arrastrándose á ofrecerles tazas de té. Sus vestidos eran muy sencillos, pero llevaban magníficos pendientes de diamantes.



Un rampoc en Solo (Java).

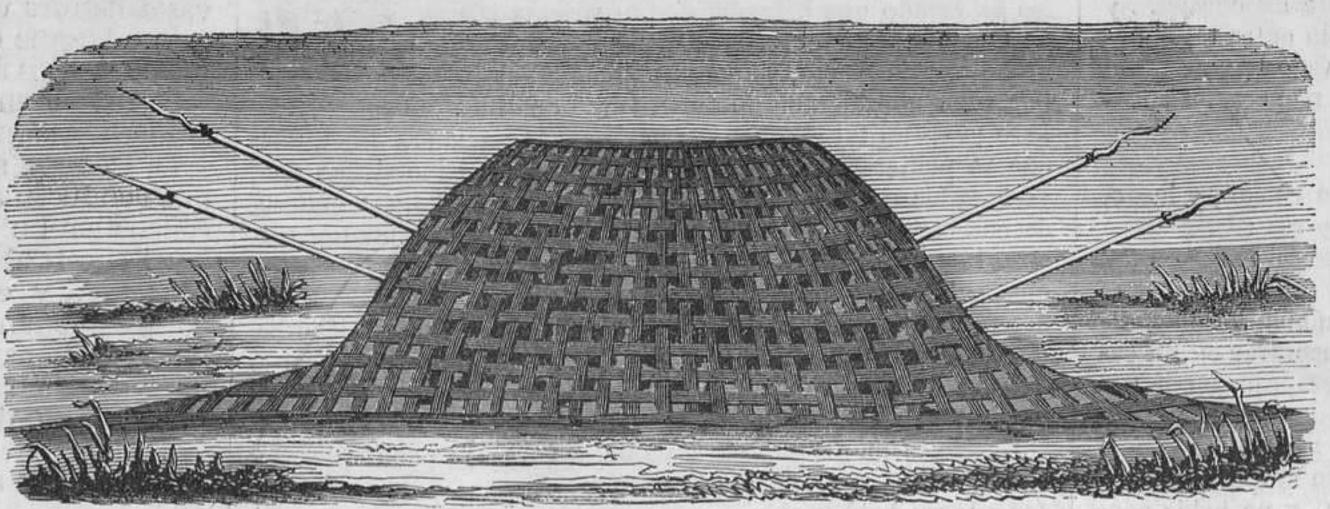
Entónces principió la conversacion que fué muy larga; se habló de Napoleon, cuya historia conocia el emperador perfectamente, y manifestó el sentimiento de no haber podido asistir á la traslacion de sus cenizas á los Inválidos.

El emperador de Solo tiene un poder tan limitado, que carece del derecho de salir de su ciudad sin pedir ántes permiso al residente holandés, que nunca se le niega. Sin embargo, temiendo que abuse de su libertad, le acompaña una guardia de honor que tiene órden de volverle á palacio por fuerza, si quisiera escaparse. El verdadero soberano es el residente holandés, cuyos deseos son otras tantas órdenes.

Como los viajeros manifestaron que les agradaria ver un rampoc, el emperador les prometió que al dia siguiente disfrutarian de ese espectáculo.

En efecto, el 6 de julio de 1846, desde las diez de la mañana, dice M. Delessert, toda la poblacion es-

taba en movimiento y se dirigia hácia la arena donde debia verificarse el rampoc ó combate del tigre. Dos enviados del emperador vinieron á advertir al residente que el emperador estaba dispuesto y le esperaba con nosotros. Subimos en los carruajes imperiales, y se puso en marcha la comitiva que formaba una hilera de veinte coches con tiros dejcuatro y seis caballos. De distancia en distancia, orquestas javanesas, dispuestas bajo los árboles, tocaban á nuestro paso.



Jaula de bambú que se emplea en los rampocs para excitar á los tigres.

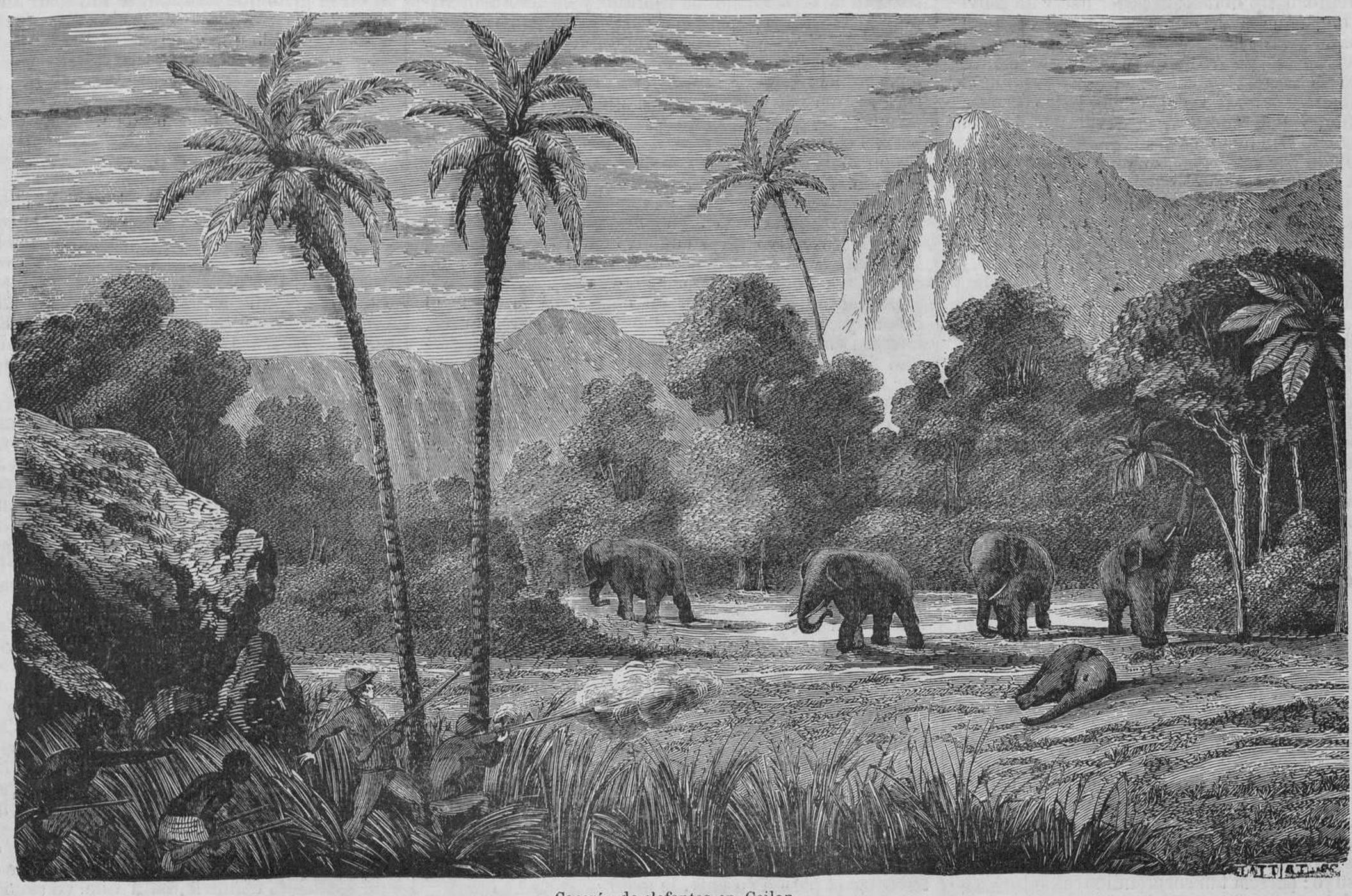
Al llegar á la puerta del Craton nos apeamos para escoltar al residente hasta el patio principal del Craton que se llama Daalem, donde nos esperaba el emperador sentado sobre un trono de terciopelo rojo, rodeado

de toda su córte, bajo su inmenso pandapa. Aquel dia la córte se componia de unas diez mil personas de ambos sexos que estaban sentadas, cruzadas de piernas y en el mayor silencio. Despues de haber estrechado la mano al emperador, nos sentamos en sillas á los lados

del trono, y pudimos contemplar el singular espectáculo que teniamos delante.

El emperador llevaba una chaquetilla de terciopelo negro, cuyos botones eran enormes diamantes, y en vez de pantalon tenia puesta una hermosa falda. En la cabeza llevaba un gorrito de gasa engomada, y sus piés estaban calzados con babuchas bordadas de oro, v levantadas al modo árabe. Una jóven medio desnuda y cubierta de diamantes estaba arrodillada á su izquierda, presentándole una caja de oro llena de betel. Detrás de él estaban las mujeres de la primera nobleza, con escudos, lanzas, puñales, enriquecidos con piedras preciosas, y utensilios de cocina de oro, pues los cazos impe-

riales y otros objetos por el estilo, figuran como adornos en todas las grandes fiestas. Delante de nosotros habia veinticuatro jóvenes muy hermosas, todas con el mismo traje, adornadas de diamantes y armadas. Es



Cacería de elefantes en Ceilan.

digno de notar que todas las personas agregadas á la córte y al servicio del emperador llevan diamantes; por último, en torno nuestro, habia miles de javaneses sentados segun su clase.

A una señal dada, el emperador se levantó apoyado en el brazo del residente, y nosotros le seguimos fuera del Craton hasta la plaza donde debia verificarse el rampoc.

Segun el uso, el rampoc fué pre-cedido de un combate de tigres y de búfalos. En medio de la arena se elevaba una enorme jaula de madera donde estaba encerrado un enorme búfalo; sus cuernos plateados desde por la ma-ñana, sobresalian por el enrejado.

El emperador se colocó delante de la jaula á unos quince pasos, y nosotros nos sentamos en sillas que iban de la jaula al sillon del emperador. Todos los javaneses se sentaron en el suelo, con las piernas cruzadas, y el ros-tro vuelto hácia el emperador, pero inclinado de modo que solo veian el suelo, y tal es su respeto á la etiqueta, que en el momento en que el combate ofrecia mayor interés, na-die se atrevió á alzar la cabeza, aun para ver furtivamente lo que pasaba.

Los combates de tigres y de búfalos, se terminan siempre por la victoria de los búfalos, pues, segun los javaneses, el tigre es un animal maléfico, mién-tras el búfalo es la fuente de toda riqueza. Así, cuando por acaso, el tigre vence, le obligan á soltar la presa

picándole con lanzas, ó quemándole con ascuas. Sentado el emperador y la comitiva, acercaron á la jaula una caja de madera y la prendieron fuego. Esta caja contenia un tigre que estaba encerrado en



Principe javanés.



ella hacia veinticuatro horas, sin poder hacer un movimiento, de modo que estaba como entumecido. Sin embargo el humo y las llamas le reanimaron, y lanzando un rugido espantoso, se arrojó fuera de su cárcel inflamada á la jaula grande (habian abierto las dos puertas que se tocaban) y saltó sobre el búfalo. Caido á cornadas se levantó, y agarrándose á su adversario, le mordió y le desgarró cruelmente con sus dientes y sus uñas, pero aniquilado por este esfuerzo y por la sangre que se escapaba en abundancia de sus heridas, se dejó caer à tierra, donde el búfalo tardó poco en traspasarle con sus cuernos. Trajeron otro tigre que tuvo tambien la misma suerte; entónces uno de los principes anunció al emperador que el búfalo habia quedado victorioso, y el emperador dió órden de que comenzara el rampoc.

Para gozar mejor del espectáculo á que estabamos convidados, subimos en unas gradas desde donde se descubria el panorama que representa nuestro grabado. Una triple hilera de hombres armados con lanzas de cinco á seis metros de largo formaban debajo de nosotros un cuadro de unos 140 metros. Los de la primera hilera tenian la lanza horizontal, los de la segunda hilera la tenian un poco mas elevada, y los de la tercera estaban dispuestos à combatir al tigre que lograra atravesar de un brinco aquella doble barrera. En medio del cuadro se habian dispuesto á iguales distancias grandes cajas, largas y estrechas, rodeadas de paja donde estaban encerrados seis tigres. A una señal del emperador, dos hombres llamados guassa, es decir, escogidos, se dirigieron hácia una de las jaulas : el uno armado con su kriss, se subió encima y despues de haber hecho un saludo solemne con su arma, cortó el lazo que mantenia cerrada la puerta, y esta se abrió, en tanto que el otro pegaba fuego á la paja que la cubria.

Terrible fué aquel momento para nosotros que creimos que el animal saldria furioso de aquella jaula encendida, pero nuestros temores eran vanos; el tigre vaciló algunos minutos en salir, y al fin sofocado por el humo, quemado por las llamas, soltó un rugido espantoso, y sacudiendo el fuego que le cubria, brincó en medio de la arena, cuando salia de ella el guassa. Soberbia estaba aquella fiera; sus ojos de un verde esmeralda que reflejaban todos los rayos del sol y se agitaban en sus érbitas incesantemente erraron un instante en torno suyo; parecia tan sorprendido como furioso: su cola pegaba en sus flancos jadeantes, sus enormes fauces manchadas de espuma, mostraban una doble hilera de dientes agudos, y sus orejas se alzaban y se bajaban alternativamente. Primero se tendió en el suelo. como buscando el punto por donde debia salir del circulo vivo en que estaba encerrado. Resuelto ya, se levantó, se deslizó arrastrándose á unos ocho metros del punto en donde habia estado, y luego lanzando de repente un nuevo rugido mas terrible aun que el primero, dió un brinco extraordinario... Cien lanzas prontas como él se habian bajado, y cuando volvió á caer á tierra. debió echarse vivamente hácia atrás para no ser herido: otras dos tentativas tuvieron el mismo resultado. Por fin, desesperado se lanzó por encima de la triple hilera que le cerraba el paso (se han visto algunos tigres escaparse de ese modo), pero habia contado demasiado con su agilidad y sus fuerzas; cayó en medio de los javaneses que le acribillaron á lanzadas. Veinte heridas mortales no bastaron para abatirle, y luchó contra sus enemigos hasta que soltó el último suspiro.

Si hay tigres mas dichosos, los hay tambien ménos valientes, que apénas salen de su jaula, se tienden por tierra y no se mueven. Para excitarlos se ha imaginado un medio singular; doce hombres armados con lanzas se ocultan bajo un sólido cesto de bambú (véase el grabado) que transportan levantándole á hombros hácia el tigre, y llegados junto á él le atormentan de tal modo, que concluyen por obligarle a morir comba-

tiendo.

Cinco veces se renovó el espectáculo; los lances fueron diversos; pero siempre hubo el mismo desen-

lace.

Vuelto el emperador al Craton, Pangeran-Bay quiso obseguiar à los viajeros con un espectáculo diferente; hizo bailar delante de ellos á sus mas bellas serampies, cuatro de diez á doce años y cuatro de quince á diez y seis. M. Delessert renuncia á describir esta danza, que, segun dice, no le dejó nada que desear, y que completó uno de los dias mas agradables que ha pasado en su vida. Nos ha traido de Solo el retrato de una de esas bailarinas inimitables que representamos en frente del de un principe javanés de la comitiva del emperador.

Completamos el extracto del libro de viajes de M. Delessert, poniendo entre nuestros dibujos una cacería de elefantes no ya en Java, sino en Ceilan, en el momento en que de un tiro bien dirigido, el intrépido cazador acaba de matar á uno de esos animales.

#### MARGARITA PUSTERLA.

IX.

EL CONVENTO DE BRERA.

En medio de la perturbacion general producida por aquella jornada, que hemos tratado en vano de pintar, y que solo puede ser bien comprendida por los que prescinden de las costumbres regulares de nuestros dias para trasportarse con la imaginación á aquellos

tiempos de espectáculo, de tumulto y de desórden, Alpinolo recorria desesperado las calles de Milan buscando por todas partes à Pusterla. Preguntaba por él à cuantas personas conocidas se encontraba, llamaba tambien en algunas puertas amigas, pero nadie podia satisfacerlo. El mayor número lo creia loco y le respondia: «¿Pusterla? ¡oh! Pusterla está á cuatro mil leguas de aqui. »

Con efecto, pocos eran los que sabian que habia regresado. Perseverando en sus pesquisas, sin que lo preocupara su propio peligro, Alpinolo llegó à la plaza de los Mercaderes, y la vista de aquellos sitios y aquellos pórticos avivó mas su dolor. Penetró en seguida en la callejuela de Santa Margarita, y cerca del punto llamado Casa-Volta tropezó por fin con Pusterla.

La verdad histórica nos ha obligado á prevenir al lector que Pusterla, insensible á los placeres puros, buscaba emociones mas ardientes en culpables pasiones. El mundo lo sabia y no lo recriminaba, bien fuera por la corrupcion de la época, o porque su opulencia, su juventud y su belleza hicieran que se le perdonaran esa clase de errores y que se le permitieran otros peores. Lo mas singular era que sus extravíos servian á la maledicencia para murmurar de Margarita, como si pudieran deshonrar à una persona las faltas que comete otra, y como si, por el contrario, la intachable conducta de esta respecto de su marido no le conquistara una gloria mas pura.

Precisamente aquel dia, Pusterla, que no podia permanecer un solo dia ocioso en su palacio, habia salido para hacer una visita á una de sus queridas, y para recorrer al mismo tiempo la ciudad por la vez postrera, como quien se despide de una mujer amada, de quien

va á separarse por mucho tiempo.

Suerte tuvo en ello.

Margarita, que habia salido para derramar á manos llenas beneficios, cayó al volver á casa en manos de sus verdugos; su marido se libertó habiéndose ausentado con bien diferente objeto: ¡ de tal suerte y tanto se engaña quien cree recibir aqui abajo la recompensa de sus obras!

Cubierto con un habito tosco, oculta la cabeza bajo su capucha; Pusterla no hubiera sido conocido por Alpinolo, pero al atravesar él mismo el caballo para interceptar el paso á su paje, le gritó:

— ¿Dónde vas corriendo con tal furia?

No hay palabras que puedan describir lo que sintió Alpinolo al descubrir á su señor, y sin responderle, cogiéndole el caballo á Pusterla de la brida, le dijo:

-; Huyamos!

Sin tiempo para interrogarlo el señor, obedeció al impulso de su aterrado paje, y juntos se escaparon á todo correr. Pero al llegar cerca de la puerta, despues de haberse librado de caer en manos de las partidas de soldados que hallaron en el camino, notaron que estaba guardada por una fuerza armada. Entónces el paje, lleno de desesperacion, comenzó á arrancarse los cabellos, á blasfemar de Dios y de los hombres, no viendo medio ninguno de evadirse. Presa de un abatimiento horrible, se volvió à Franciscolo y le dijo:

— Estais perdidos... os buscan... todo se ha descubier-

to... quieren mataros.

Estas palabras entrecortadas explicaron á Pusterla el peligro que la precipitacion de Alpinolo, el estrépito de las campanas, y los soldados esparcidos por la ciudad le habian dejado ya entrever. Pero si la impetuosidad natural del paje, excitada por las angustias de un peligro inminente y de un remordimiento atroz no le ofrecian ningun medio de salvacion, Francesco, mas tranquilo supo descubrir uno. Volvió el caballo hácia el convento de Breda y en él halló un amable refugio.

Sabido es que los conventos eran asilos inviolables. del mismo modo que las iglesias y los palacios municipales, las cruces y los santuarios. Franciscolo debia pues creerse á salvo en el convento de Brera, aunque lo hubieran visto entrar en él. Por esta causa cuando Alpinolo vió que pisaba el caballo de su amo aquella tierra protectora, sintió que se le quitaba del corazon un peso enorme : se apeó, besó el umbral del convento, luego abrazó las piernas de su señor, y bañándoselas en lágrimas, se disponia á referirle su falta y la traicion de Ramengo, cuando Pusterla lo interrumpió para decirle:

— Vé y salva á Margarita.

En aquel momento la terrible idea de que Margarita podia correr tambien por su parte algun peligro, se presentó á la imaginación acaloroda de Alpinolo y redobló las angustias que padecia. Un piloto que trabaja por sacar á flote el buque que su inexperiencia ha hecho encallar en un banco de arena, el criado que ayuda á apagar el fuego que encendió su imprudencia, el amante que quiere arrancar à la mujer que ama de la deplorable situacion en que la ha colocado su indiscreto amor, no se agitan mas que Alpinolo en aquellos instantes. Su propio peligro no le importaba nada : fuera porque los soldados no hicieran caso de aquel jóven, que pasaba sin duda á sus ojos por un escudero ordinario; bien porque fuera protegido por la confusion general, ó por ese concurso de circunstancias que llaman comunmente la fortuna, él llegó, siempre corriendo á rienda suelta, cerca del palacio de los Pusterla.

Cuando Alpinolo vió la multitud que se apinaba en las inmediaciones, un rayo de esperanza brilló en sus ojos é iluminó su frente; él esperó que los milaneses querian salvar á sus conciudadanos y á sus bienhecho-

res y se puso á gritar : «; Viva la libertad!»

La muchedumbre abria paso al furioso caballero, y

al oir el grito que lanzaba, se miraban unos á otros y se decian:

- ¿ Qué es lo que quiere? — ¿ Qué diantres grita?

-; Viva la libertad! - ¿ Viva la libertad?

— Vamos, debe de ser un loco.

- Paso, paso. - Dejadle pasar.

— Dejadle pasar. El desdichado Alpinolo llegó precisamente cuando los soldados se ilevaban á Margarita encadenada.

En el colmo de la rabia y del dolor, no llevando espada á la cintura, queria sin embargo comenzar de nuevo la pelea persuadido de que la gente agrupada, que creia el que lo seguia, secundaria sus esfuerzos; pero al volverse para estimularla al combate, se vió solo, sin un rostro amigo, sin una muestra de simpatía: en la mayor parte de los individuos que lo cercaban solo se veia retratada en el semblante una baja y estúpida curiosidad; en los demás una inerte compasion.

Como quien se ve avergonzado de permanecer mas tiempo en medio de tantos cobardes, iba ya á buscar la muerte lanzándose contra los mercenarios alabarderos. cuando apercibio detrás de los soldados al personaje enmascarado, en el cual nuestros lectores han reconocido tiempo hace á Ramengo.

Este llevaba todavía en sus brazos al hijo de Pusterla, gozando en poseer con aquel niño un instrumento de venganza refinada, cualquiera que fuera el giro que tomaran los acontecimientos.

Alpinolo vió al muchacho, que no suscitaba la atencion de nadie, y conociendo perfectamente que no podia prestar ningun auxilio à Margarita, se acercó al desconocido gritándole:

«; El niño!; el niño!; dadme el niño!»

Ramengo no lo aguardó, picó espuelas al caballo y echó á correr por las callejuelas inmediatas; pero perseguido de cerca por el paje, se paró con la esperanza de deshacerse de él con sus habituales estratagemas.

- ¡ Al ménos, le dijo con voz alterada, he salvado á esta pobre criatura!

Estas palabras bastaron para reprimir el furor de Alpinolo, y creyendo que era un amigo, le contestó: — Dádmele, dádmele, para que yo se lo restituya á

su padre. - ¿ Y dónde está su padre? preguntó el personaje en-

mascarado.

El jóven abria ya la boca para cometer una nueva imprudencia, pero el recuerdo de la que todo lo habia perdido, le vino á la memoria, y con ella la imágen mas viva todavía del execrado Ramengo. Comparando entónces la voz y los gestos del desconocido, reconoció muy pronto que era Ramengo. Mugiendo como un toro, que siente el fuego y el hierro de las banderillas, lo agarró por el cuello gritando:

-; An! ; traidor! ; espía infame!

Empenóse, dicho esto, una lucha que obligó al pérfido á dejar en tierra á Venturino para defenderse.

Entretanto Alpinolo, que no habia soltado á su enemigo, le heria en el rostro y le hacia perder los estri bos. Ramengo estrechó tan fuertemente al paje, que le arrastró consigo al caer, y los dos rodaron por el suelo-

Alpinolo estaba sin armas y vestido á la ligera; Ramengo llevaba un morrion y una armadura completa; pero los golpes del paje llovian sobre él y le pesaban como una maza de armas, no dándole tiempo para respirar.

Consiguió Alpinolo ponerlo debajo, apoyó una rodilla sobre su pecho, y apretándole la garganta con la mano izquierda, llegó á sacarle con la derecha la misericordia (1) que llevaba á la cintura.

Ramengo, à punto de pagar juntas todas sus iniquidades, imploraba perdon, invocaba á Dios y á los hombres, con tan fuertes gritos, que lo oyeron los soldados, que no se habian apercibido de su desaparicion.

El condestable Sfolcada Melik, apareció con los suyos al extremo de la calle, y viendo á través de las sombras aquella pelea, se daba priesa por llegar.

Alpinolo comprendió que no tenia tiempo que perder, y que debia llenar un deber mas sagrado que el de su venganza. Abandonó pues al vencido, tomó en sus brazos á Venturino, montó á caballo, y huyó por la parte opuesta à aquella por la que venia Melik.

La oscuridad y el desórden favorecieron la fuga de Alpinolo. Tan discreto hoy como habia sido imprudente, no se atrevic à volver à casa de los umiliati, adonde Pusterla se habia refugiado por temor de que espiaran sus pasos y descubrieran las huellas de su señor.

Envolviendo pues á Venturino, lo llevaba oculto junto á su seno, como la única alhaja que habia podido salvar de manos de los ladrones, como la única reliquia con que pudiera rescatar la falta de haber precipitado involuntariamente en un abismo á su amigo, á su protector, al salvador de la patria.

De esta suerte erraba por las calles solitarias, mirando á ver si encontraba alguna persona á quien confiar al pobre niño; pero no se atrevia á entregárselo á nadie : cada ciudadano le parecia un espía, un traidor. El niño, entretanto, reprimiendo mal sus quejidos, exclamaba de vez en cuando:

— Llevadme á casa; ¿dónde está mi padre?... ¿dónde

han llevado á mamá?...

En este intervalo, el padre, encerrado en su asilo de

(1) Así se llamaba la daga que llevaban los caballeros á la cintura, porque en aquellos tiempos servia, como hoy el cachete para los toros, para rematar al herido. (N. del T.)

Brera, ignorado de todos, temblaba por su suerte, por la de su mujer, por la de su hijo y la de sus amigos.

El lector ha comprendido ya que no poseia una alma fuerte, varonil. En el campo de batalla ó en la liza no cedia á ninguno la ventaja en el manejo de la lanza v del caballo; jamás se le habia visto al frente del enemigo ni bajar la cabeza, ni flaquear, ni retirarse, pero tenia necesidad de ser excitado por las miradas de la multitud y por sus aplausos; le faltaba absolutamente el valor cívico, ese valor resignado que en medio del infortunio saca su fuerza del testimonio de una conciencia pura ó del júbilo apasionado de las esperanzas que se asoman al extremo del horizonte.

Despues de haber prodigado á Pusterla en aquellas primeras horas de viva inquietud y de desesperacion los consuelos de la religion y de la amistad, Buonvicino salió á indagar si Margarita necesitaba socorro, ó si solo era permitido darle el testimonio de una impotente compasion. ¡Con qué latidos del corazon recorria las calles de la ciudad! ; con qué temor se acercaba á los grupos indignados ó temerosos de los ciudadanos para recoger algunas noticias! Cada vez iba apercibiéndose mas de la certeza de su presentimiento, del infortunio de Margarita, pero como no habia podido saber nada de Venturino, dominó su dolor y llegó hasta el palacio de Pusterla. Allí encontró un vil populacho que lo saqueaba dando gritos de bárbara alegría; de esa suerte habia querido Luchino interesar en sus injusticias la avidez popular, á fin de lograr que callara ó aplaudiera.

Buonvicino entró, salió, buscó por todos los rincones, preguntó á todo el mundo, pero no pudo descubrir la mas leve huella del niño. Volvió á ver el salon, aquel salon tan memorable en la historia de su corazon : todo era allí desórden y ruinas : cerca de la ventana, en el sitio en que habia visto á Margarita, en los dias de su error y de su arrepentimiento, vió un bordado empezado de que nadie hizo caso, como de una cosa despreciable. Margarita habia comenzado la flor de su nombre. ¡Oh! ¿quién le hubiera dicho cuando

la comenzó, que no habia de acabarla? Buonvicino cogió aquella reliquia, la besó, la apretó contra su corazon, proponiéndose no apartar de su pecho tan precioso recuerdo. Pero pronto se apoderó un sentimiento mas generoso de su alma, que condenaba este arranque de repentino afecto y entusiasmo mundano. Recordó la via de absoluta abnegacion por que habia entrado, y resolvió entregar á Pusterla su precioso hallazgo. ¡Qué don mas agradable para el esposo que la última obra salida de las manos de una mujer que tal vez no volveria á ver!

Con el corazon desgarrado, la cabeza baja y cubierta con la capucha, Buonvicino volvia á su convento á través de las calles oscuras de Milan, iluminadas únicamente en algunos puntos espaciosos por el pálido reflejo de la luna; pero cuando llegó al camino mismo de Brera, cerca de la iglesia de San Silvestre, oyó que lo llamaban con empeño.

Saliendo de sus dolorosas meditaciones, percibió en la sombra á alguno que apoyado en un pilar le hacia signos con precaucion. Se acercó y reconoció á Alpinolo.

Despues de haberse asegurado este, con la dificultad que la noche ofrecia, de que aquella persona era Buonvicino, le puso en las manos al pobre Venturino. El rayo deslumbrador del sol en medio de las profundas tinieblas de una tempestad, puede escasamente ser comparado con la brillante alegría que se pintó en el rostro de Buonvicino: abrazó al niño; estrechó contra su corazon y besó en la frente á Alpinolo, que exclamó tristemente:

- ; O padre! yo no merezco vuestras caricias... salvad á esta criatura... salvad á Pusterla... decidle la causa de toda esta desgracia...

Y lo interrumpian los sollozos.

Oyendo Buonvicino que alguno se acercaba, le dijo: - ¡Bendito seas! vé, huye, que el Señor te acompane y te vuelva à tu padre, como tú has vuelto este al suyo!

Dicho esto, ocultó al niño entre los pliegues de su hábito, y á favor de la obscuridad entró sin ser observado en el convento de Brera, cuya regla estaba muy distante de ser tan rigorosa como la de las órdenes mas recientes.

Cuando llegó Buonvicino á su celda, la noche estaba tan cerrada y tenebrosa, que Francesco no pudo distinguir la palidez mortal de su amigo; pero pudo comprender toda la magnitud de su desgracia, cuando preguntando al fraile por Margarita, este le tendió por toda respuesta una mano bañada en sudor glacial al paso que los mal ahogados suspiros revelaban sus angustias. Ambos lloraron juntos, y el niño mezcló sus lagrimas con las suyas : pobre niño, bastante inteligente ya para comprender la afliccion paternal, muy poco razonable para conocer el arte de no aumentarla!

Venturino besaba á su padre, que le devolvia sus caricias con el ardor con que en medio de la pérdida de un objeto querido nos adherimos al que nos queda, poseidos del vivo deseo de amar y ser amados, de decirlo y de que nos lo digan. La tierna criatura sollo-

zaba á intervalos y exclamaba: - Papá mio, ¿dónde está mamá? ¡Oh! ¡si tú la hubieras visto! ¡la han atado como á un ladron! ¡Pobre mamá! me miraba, me llamaba, pero no lloraba... ¿ Dónde está? vamos á buscarla; permanezcamos con ella...; con ella tambien en la cárcel!

Su padre le recomendaba que callase porque Buonvicino no habia revelado á ninguna persona del con-

vento el peligroso secreto que encerraba su celda.

En la casa de Brera habia todo el dia una actividad prodigiosa de un trabajo regularizado, tal como el que apénas se ve en las mas florecientes fábricas de las ciudades mas comerciales de nuestros dias. Por la puerta entraban continuamente carretas cargadas de lana en bruto, al paso que salian otras llevándose las telas hechas. Era un continuo pesar y medir, un ruido de telares que interrumpian piadosas salmodías ó canciones populares. El silencio impuesto á los otros frailes no habia podido ser prescrito á estos que acababan de ganar un pleito ante el Santo Padre : además no estaban obligados á ayunar. Con efecto les parecia que no se podian conciliar esas obligaciones con el trabajo y el comercio, que contemplaban como sus principales de-

En medio de este incesante rumor, silenciosos y ocultos, permanecian Franciscolo y su hijo empotrados en la celdilla, mas seguros que en una fortaleza, pero con el corazon tan oprimido como puede calcularse en situacion tan triste y desoladora.

Buonvicino los dejaba casi solos por de dia, tanto por no suscitar sospechas interrumpiendo sus habituales ocupaciones, como por ir á las cercanías á informarse de lo que convenia saber : pero por las noches, el buen fraile las pasaba hablando con su amigo de sus desgracias, y procurando consolarlo.

Un dia en que Buonvicino estaba con sus huéspedes, oyeron que se aproximaba el son de una trompeta. Resonó, cesó despues, volvió á resonar hasta que se oyó distintamente al pié del convento. El niño, distraido por una impresion nueva y agradable, escuchaba con placer é invitaba á los otros á que lo imitaran, poniéndose la manecita sobre la boca para que callaran y lo dejaran oir.

Era el pregonero de la municipalidad, que gritaba con voz estentoria:

« Cien florines de oro al que entregue á Francisco Pusterla, muerto ó vivo. »

Y despues de un minuto de silencio tocaba de nuevo

la trompeta y repetia:

« Señores, cien florines de oro por la cabeza de Francisco Pusterla, jefe de una criminal conjuracion para derribar al señor Luchino, degollar á los sacerdotes, destruir la santa religion, y hacer morir de hambre á los pobres... señores... »

Y alternando así trompeta y gritos, se alejaba cercado por la muchedumbre que lo seguia, los unos estupefactos por la enormidad, y no comprendiendo cómo tiranos tan execrables podian vivir en la tierra; los otros pensando cuánta fortuna seria para ellos el poder coger al proscrito.

Buonvicino y Pusterla oyeron este bando, y diciendo

Franciscolo:

- ¡Un premio por mi cabeza, como por un lobo ó por un oso!

Cubrió la de su Venturino para que no oyera una órden tan cruel. Perdida toda esperanza de ser útil á Margarita, à sí mismo y á sus amigos, el único partido que podia tomar Francesco era el de la fuga para buscar su salvacion en el retiro y aguardar que vinieran tiempos mejores.

- Vé, le decia Buonvicino; si hay medio de salvar ó por lo ménos de consolar á Margarita, tú sabes que aquí dejas un amigo que hará lo que tú no podrias hacer sin peligro.; Oh! á lo ménos, ahorra á esa mujer celestial el dolor de saber que tú y tu hijo estais perdidos; vé, huye, huye tan léjos como puedas, y no dés fácil crédito á las ilusiones que se forjan los emigrados, y con las cuales engañan á los otros. No te fies en palabras falsas de extraños; los malos son poderosos, y sus inícuos recursos son mayores que lo que puede

imaginar el justo... Una mañana, Gabriel de Concoverzo, portero de la casa de Brera, abria la puerta rústica y dejaba salir una carreta de paños, diciendo estas palabras: «¡El Senor sea con vosotros! »

En la parte superior iba tendido un niño, oculto bajo el lienzo que cubria la carga, y detrás del carro venian

dos umiliati. El niño era Venturino, y los otros dos personajes Buonvicino y Pusterla. Ambos le habian encargado que callara y no se moviera, y el pobre muchacho, despues de haber dicho : « tal vez me lleven á donde está mi madre, » se alimentó con esta esperanza y guardó un religioso silencio. Aquel que, sobre una frágil balsa, abandona el escollo á que lo habia arrojado la tempestad, y para volver al puerto, expone de nuevo su vida á todos los azares del soberbio elemento, puede solo imaginar los sentimientos que agitaron á los dos amigos cuando abandonaron el inviolable asilo del convento para atravesar la ciudad que ofrecia en cada paso un peligro. Es verdad que habiendo trascurrido algunos dias, se habia relajado la vigilancia primera y habian disminuido las medidas rigorosas. Tampoco tenian que temer las perquisiciones del fisco, porque los umiliati gozaban de la exencion del derecho de los diez solditerzuoli que pagaba cada pieza de paño á la salida. Y como por eleccion popular se nombraba un guarda para que vigilara en cada puerta, con el objeto de que no hubiera fraude en la percepcion de los derechos, algunas de estas puertas estaban confiadas á los umiliati, entre otras la de Algiso, por la que debian pasar los fugitivos.

Cuando se acercó el carro á ella, reconociendo que pertenecia á los frailes, nadie se acercó á registrarlo: los dos umiliati de guardia gritaron : « La paz sea con

vosotros. »

- ¡Y con vosotros! respondió Buonvicino, y salieron.

Al verse en el campo, Franciscolo se atrevió á levantar los ojos, mirar al rededor suyo, y á admirar el hermoso cielo lombardo, teñido de púrpura por la aurora, y que le parecia mas bello cuanto que hacia muchos dias que solo lo habia visto á través de una ventana medio cerrada. Llamó á su hijo, que hasta entónces no se habia movido, teniendo las manos sobre los ojos y osando apénas respirar. Levantó su blonda cabeza y sonrió á su padre, quien, cogiéndolo en brazos, lo besaba y le decia : «; Ahora ya estamos en salvo! »

Venturino respondia á estas caricias; luego fijando en Pusterla sus ojos llenos de inexplicable ternura, le preguntó:

- ¿Y mi madre?

¿Qué podian responderle los dos amigos? Dejaron escapar un doloroso gemido, y recordando Pusterla todas las fases de la vida que habia compartido con la infortunada Margarita, permaneció un momento vuelto hácia los muros de Milan, que se perdian en el horizonte. ¡Oh! ¡cuán querida es la patria para aquel que la abandona, sobre todo si deja en ella la mejor parte de su corazon!

El carro debia pararse en Varese en la Cavedra, casa de los umiliati en aquella ciudad. Cambiando allí Pus

terla de traje, se despidió de Buonvicino.

- A Dios, exclamó el fraile enternecido: recuerda las palabras escritas sobre la puerta de nuestro convento: ¡Spera in Dio! ; espera en Dios! y grabadas en tu corazon, pon tu esperanza en el Señor, que da una patria aun á la cabra montés, y que dirige el vuelo de las golondrinas á través de los mares. El es para todos y para todo; él derrama en el alma que lo invoca el abundante rocio de sus consuelos, que el mundo no puede dar ni arrebatar al desgraciado. Invoquémosle juntos : roguémosle que nos permita volvernos á ver : volvernos à ver en amor y en paz, en dias mas felices para tí, para ella, para nuestra patria.

# El topo y otros animales.

Ciertos animalilles, Todos de cuatro piés, A la gallina ciega Jugaban una vez.

Un perrillo, una zorra Y un raton, que son tres; Una ardilla, una liebre Y un mono, que son seis.

Este á todos vendaba Los ojos, como que es " El que mejor se sabe De las manos valer.

Oyó un topo la bulla, Y dijo: pues pardiez, Que voy allá, y en rueda Me he de meter tambien.

Pidió que le admitiesen; Y el mono muy cortés Se le otorgó (sin duda Para hacer burla de él).

El topo á cada paso Daba veinte traspiés, Porque tiene los ojos Cubiertos de una piel.

Y á la primera vuelta, Como era de creer, Facilisimamente Pillan á su merced.

De ser gallina ciega Le tocaba á la vez; ¿Y quién mejor podia Hacer este papel?

Pero él con disimulo, Por el bien parecer, Dijo al mono: ¿qué hacemos? Vaya, ¿me venda usted?

Si el que es ciego y lo sabe Aparenta que ve, Quien sabe que es idiota, ¿Confesará que lo es?

JUAN GALVEZ PEREZ.

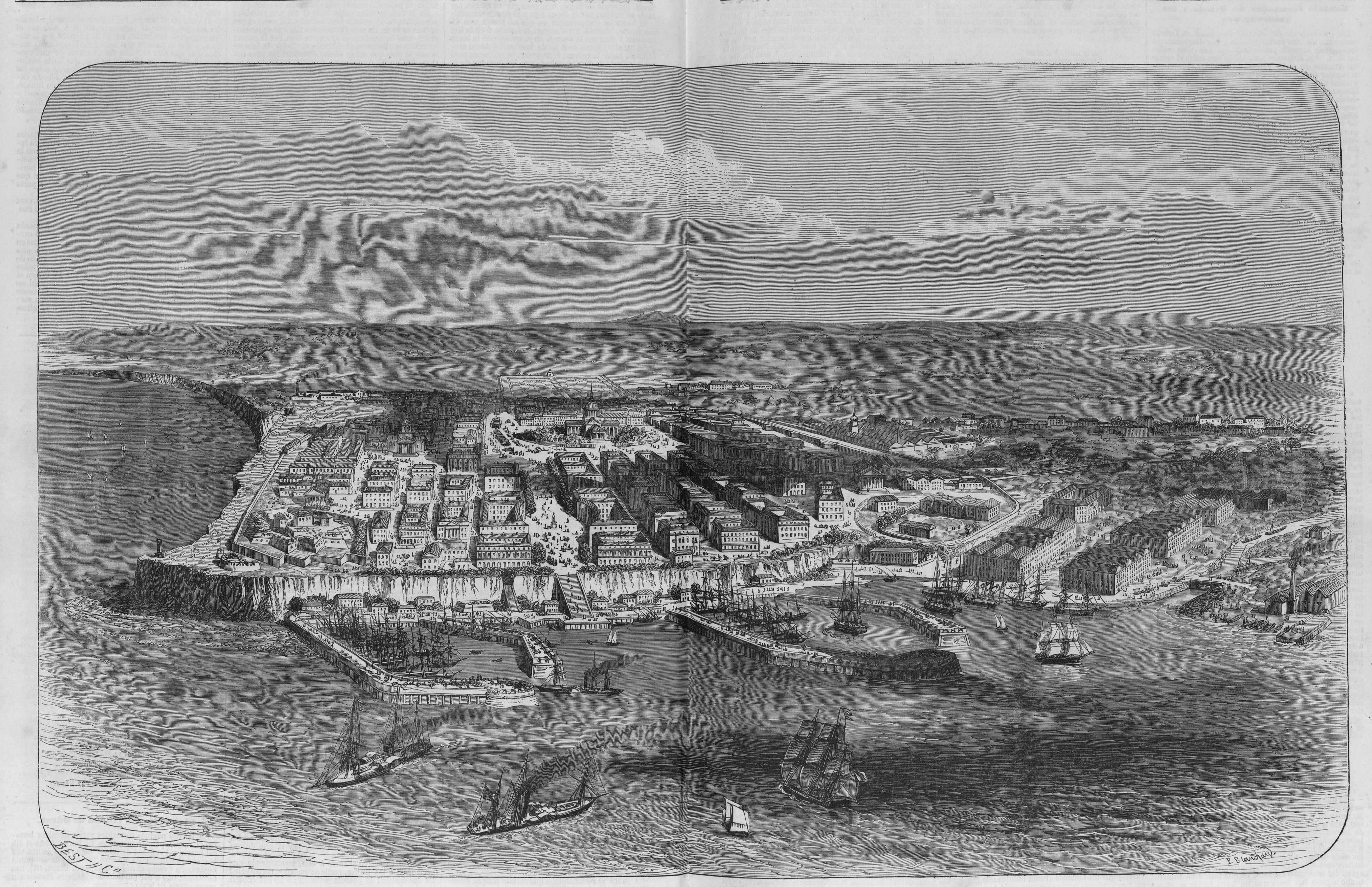
# El puerto y la ciudad de Odesa.

En las dos páginas siguientes verán nuestros lectores el mejor panorama que se ha hecho hasta el dia del puerto y la ciudad de Odesa. Como mas de una vez hemos hablado ya en nuestro periódico de ese punto importante (véase el número 62, pág. 152, t. III), nos limitamos hoy á dar publicidad á nuestra lámina sin acompañarla de texto explicativo.

W. C. SCHOOLSELL M. POPET

DEL CORREO DE ULTRAMAR.

DEL CORREO DE ULTRAMAR.



EL PUERTO Y LA CIUDAD DE ODESA,

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

### Gonzalo Fernandez de Oviedo y las Quincuagenas.

Las Quincuagenas de Gonzalo Fernandez de Oviedo componen un libro apreciabilísimo, por desgracia solo conocido de algunos paleógrafos que han visto entre los m. s. de la Biblioteca nacional de esta corte el original firmado de puño y letra de su autor. Propúsose al escribir su obra corregir las costumbres de su época, y como Miguel de Cervantes desterrar la aficion á los libros apócrifos y extravagantes de caballería, encaminando por la senda del buen gusto á sus lectores. La suma de varones ilustres de Sedeño inspiró à Oviedo la feliz idea de narrar en sus Quincuagenas las vidas de los varones españoles que por su talento y virtud adquirieron justa celebridad en su tiempo, trayendo siempre en apoyo de su respetable opinion algun ejemplo de la antiguedad, y citando oportunamente dichos sentencias de filósofos egipcios, griegos y romanos. No va encaminada su obra á clases ó personas determinadas, su fin es mas grande, Oviedo quiso moralizar al hombre y al hombre de todos los tiempos, intento loable, que alcanzará sin duda cuando su libro vea la luz pública, pues basadas sus máximas en la razon y la justicia, producirán siempre saludables efectos.

La forma con que está hecho este libro no deja de ser caprichosa, pues cada leccion ó ejemplo está reasumido en un epígrafe en verso que el autor toma por texto y va comprobando con argumentos.

Siendo nuestro propósito dar á conocer tan apreciable escritor, pondrémos aquí algunos trozos tomados al acaso. Dice así:

El que es covarde mas suda Quel varon ques atentado Aquel brazo denodado De los Fajardos joyel Ninguno hizo mas quel En favor de los franceses Y daño de los ingleses En la sangrienta batalla El buen escriptor no calla La fama del que merece Ni se sospeche que crece Por igual la cimentera Ni, todos duna manera Son iguales en ventura.

« Tiénese por experiencia que el que es cobarde mas suda, porque aquella determinacion de huir ó esperar es un paso en que los flacos de ánimo sudan mas que los de buen corazon, é animosos é trae á consecuencia el brazo denodado de Pedro Fajardo que fué un caballero español, el cual en una batalla quel rey de Francia dió al de Inglaterra se señaló mejor que todos en servicio del rey de Francia á quien servia ó en daño de los ingleses, como lo dice el coronista Hernando del Pulgar é lo repite Juan Sedeño, porque á la verdad el buen escriptor no ha de callar la fama del que merece ser loado; ni se ha de sospechar que crezca la cimentera por igual en cada terreno, ni de una manera las honras de los caballeros crezcan ni se adquieren por que no menear la lanza ni la espada de un ánimo, ni son iguales en los fechos, ni en las venturas, ni de una forma deben ser todos los hombres, ni acogidos entre honores, pues que en la otra vida eterna á cada uno se le da el lugar ó morada que le compete, ni la justicia de Dios permite otra cosa entre los ángeles é ánimas celestiales, ni quiere que los hombres se estimen acá abajo contra la verdad de sus méritos, y aun el comer niega san Pablo al que no quisiere trabajar para se sustentar en esta mortal vida. Paréceme en alguna manera la costumbre que en Rusia se guarda en la sucesion de los estados, que no es fuera de razon, porque no se les da mas que sea el hijo mayor, ni el segundo, ni tercio el que sucediere en la casa del padre, ni queda con ella sino aquel hijo que sale mejor é es mas virtuoso, é al que dellos quiere su padre que le herede. Esto supe yo muy particularmente por un duque que á Toledo vino por embajador del rey de Rusia al emperador nuestro señor. Solamente decia que era menester para que la eleccion del hijo á quien se deja la casa é estado sea confirmada tal herencia por el rey, y esto entre los varones ilustres y de estado porque entre la otra gente inferior, no habia mas de como el padre queria repartir sus bienes, entre sus hijos y desta manera paresce que consuene la parte que la razon debe dar en la honra del que la mejor mereciere é la supiere adquirir é no al que dormido la atiende ó se piensa que le es devida por su linage ó disposicion ó por otro vano título sin que travage.»

Quien quiera quedar arriba Con los bien aventurados Donde están los despertados Que en esta vida velaron Serán los que no quitaron A ninguno la hacienda.

« El que quisiere quedar arriba con los bien aventurados que en servir á Dios se ocuparon en esta vida é no quitaron la hacienda á ninguno ni lo procuraron, con todo te quiero decir que cuando leyeres de Aquiles, de Xerxes, de Ciro, de Dario, de Cesar é de Alejandro no te engañen la grandeza del nombre, tú lees de grandes é furiosos ladrones, como dice Séneca é alguna vez así los suele llamar. No obstante lo cual si en sus vidas se hallare cosa alguna de príncipe procura recogerla como agena del estiércol ó del lodo, porque nunca ha habido tirano alguno tan malo que no haya tenido algunas

cosas que aunque no sean hechas con virtud, pueden ser egemplo de virtud é pues en los barbaros é infieles algunas cosas loables se hallan, cuanto mas deben los católicos bien vivir pues hicieron profesion en la religion de Cristo. »

A la patria y á la ley
Estima mas que tus ojos.
No te venzan tus antojos
En las cosas de importancia.
Procura que tu constancia
Se tenga por cosa cierta.

« Mucho loor merece el buen patriota y así dice el texto quel hombre debe estimar la patria y la ley mas que los propios ojos. La ley se entiende aquí por la ley civil é no por la ley de Cristo; porque esa mas es que la patria é que la ley civil ó derechos del mundo; pero dejando la ley cristiana sobre todo, en lo demás la patria é la ley civil se deben mucho estimar. Dice mas el texto: «No te venzan tus antojos en las cosas de importancia. » En todos é cualesquier casos que sean debe la razon estar encumbrada á tener lugar sobre todos los accidentes é ocasiones que se ofrecieren, porque si la razon puede ménos el hombre se debe tener por bruto animal desestimado. Quilon Lacedemonio, uno de los siete sabios de Grecia, cuyos dichos y sentencias son de mucha autoridad, decia que era cosa laudabilísima ser el hombre señor de la ira; el cual consejaba que se guardasen las santas leyes. Pitaco, filósofo, natural de Mitilene, é así mismo uno de los siete sabios de la Grecia, este consejaba á los principes que adquiriesen victoria, sin sangre, dando á entender que es mejor vencer con industria é ingenio, que venir al trance é rompimiento de las armas. Así que los hombres en cuanto pudieren en las cosas de importancia é de cualquier calidad que sean deben desechar los antojos y enojos para determinarse en las ocurrencias apartados de pasion. Dice mas el texto : « Procura que tu constancia se tenga por cosa cierta. » Gran virtud es ser los hombres constantes é firmes en sus propósitos, con tanto que se funden en verdad é justicia, é no en vanidad ni deshonesta tema, que eso seria vicio é no virtud, porque (como suele decir, humano es pecar é diabólico perseverar. »

> Has de vivir muy alerta En honrar á tus vecinos A los pobres é mezquinos No los debes ultrajar Ni te debes consejar Con hombres aficionados Ni de parleros soldados No debes siempre fiar.

« Has de vivir muy alerta ó sobre aviso en honrar á tus vecinos porque á la verdad mas cerca están y mas número son que tus parientes : é el buen vecino, grande é buena compañía es, é en muy buena ventura consiste en ser bueno el vecino : lo cual no ignorándolo Marco Caton, vendiendo un su heredamiento, decia por mucha é buena calidad que aquella heredad tenia muy buen vecino. Así que quien tiene mala vecindad nunca le faltan enojos é sinsabrimiento. « A los pobres é mezquinos, » dice el texto que no los debes ultrajar y así se debe hacer sopena de pecado mortal, pues son primos nuestros y es mandamiento de Dios que los amemos como á nosotros mismos, y escarnecer los tales es temeraria cosa é no de católico é bien comedido cristiano, « No te debes consejar con hombres aficionados; » cosa es cierta que la aficion impide á los hombres é no los deja libres para se determinar conforme á la verdad é justicia, é por eso dice el Sesto, ó sinifica, que el aficionado no es para consegero; ántes se debe huir el parecer de los tales como sospechoso é desconveniente. « Ni de soldados parleros no debes siempre fiar; » porque caso que alguna vez acierten á decir alguna cosa, muchas veces suelen errar los que traen el seso en el pico de la lengua, é por la mayor parte los hombres verbosos no son tan apercibidos ni diestros en pelear ni les ayudan las manos como las palabras, porque como suelen decir no es para todas barbas hacer é decir. Antes quellos se desvian de consejo, por darse de confiados é amigos de su propia voluntad, mas que de lo cierto. No es bien desechar de todo punto el soldado que mucho habla, pero agradeciéndole lo que dice (é no entiende) consérvale é aprovéchate dél en aquello que vieres que le conviene, sin dano tuyo, porque desdenándole no te amotine la gente ó se pase al enemigo, pues que es cierto que los que no saben ser fieles, huelgan de ser infieles é hallan quien los paga por sus pecados é los nuestros. »

El capitan ha de ser
Mas que otro apercibido:
Entender, é ser sofrido
Con los que debe mandar.
Pero ha de castigar
En el tiempo sazonado,
Porque no sea vejado
De motines ni revuelta.

« Rigen los capitanes su gente como cada uno mejor puede ó alcanza é le da Dios habilidad, pero no todos con una ventura, ni con una misma experiencia, la cual hace mucho al caso, y por eso dice el texto que ha de estar el capitan mas que otro apercibido y entender é entenderse á ser sofrido con los que deben mandar. Pero junto con esto ha de castigar en el tiempo que convenga porque no sea vejado de los motines y revueltas que los soldados arman hombres de mucho valor é sufrimiento porque siempre anda acompañado de

hombres de largas conciencias é amigos de novedades. « Pero ha de castigar en el tiempo sazonado; » quiero decir quel castigo se haga cuando convenga é sin escándalo porque no sea vejado ó contradicho de motines ni revueltas que podrian fácilmente suceder por un sedicioso ó desacatado si fuese bien quisto. Porque en tales tiempos conviene la disimulación é astucia en el capitan porque calle é sufra é aun dé favor al que habia de dar pena, mas no es visto perdonarle lo que espera castigar adelante sin peligro de su honor é sin aventura de su ejército. Y sobre todo te consejo joh capitan! que temas à Dios é con él te abraces porque como dice la sagrada escriptura; no hay ciencia ni sabiduría ni consejo de tanta fuerza ni constancia que contra Dios sea bastante ni evite su voluntad é poder, é por la paciencia se conoce la doctrina del hombre é su gloria es dejar ya las cosas malas. Júntate con Dios é sostente porque en el postrero dia, tu dia crezca. »

Las únicas noticias biográficas que sabemos del autor son las siguientes: Nació en Madrid el año de 1479. El de 1521 pasó de capitan á la isla española de Santo Domingo, siendo un año despues nombrado cronista de las Indias y tierra firme del mar Océano: el de 1534 le agració el rey, en recompensa de sus servicios, con la plaza de alcaide de la fortaleza de Santo Domingo, de cuya ciudad era regidor.

Escribió además de las Quincuagenas una Historia de las Indias y tierra firme del mar Océano, compuesta de cuatro partes, três de las cuales dice el autor en sus Quincuagenas que se estaban imprimiendo. Tambien compuso otro libro, del cual existe solo un ejemplar manuscrito, que se titula Batallas y Quincuagenas; está en diálogos, y es una crítica templada á par que sabrosa y amena de las personas mas principales de su época.

MANUEL JUAN DIANA.

#### La Crimea.

(Segundo artículo. - Véase el número anterior.)

Hay que distinguir en la Crimea, dos clases de tartaros, á saber, los de la montaña y los de la llanura. Los primeros, cuya raza se ha cruzado con las de los diferentes pueblos que habitaron esa península, desde hace 500 años, parecen haber perdido todas las señales exteriores que caracterizan á los mongoles sus antepasados. Son muy altos y esbeltos, y sus movimientos se hallan llenos de gracia y de nobleza. El corte y la expresion de su cara, y la viveza de sus grandes ojos negros les dan un aspecto á la vez amable é imponente; su imaginacion es muy poética, en una palabra los viajeros que mas han observado esa poblacion comparan á los aldeanos tártaros con los vascongados en la inteligencia de sus fisonomías y la nobleza y buen porte que les distinguen.

Esos pueblos son generalmente sobrios, honrados y hospitalarios. En el interior de las montañas, el viajero que llega á un pueblo recibe casa y comida grátis en una especie de posada fundada con ese fin y sostenida por las personas pudientes de la localidad. En las aldeas demasiado pobres para poseer una de esas casas hospitalarias, el alcalde, cuando llega un viajero, convoca á los habitantes, y entre todos proporcionan abrigo y sustento al transeunte.

Jamás ningun viajero ha sido robado por los campesinos tártaros, y forma un contraste singular el hallar esa honradez y unas costumbres tan hospitalarias [en un pueblo cuyos antepasados, y no hace mas de un siglo, eran tan bárbaros y feroces.

Entre los tártaros no se conoce la mendicidad, y el robo es tan poco comun que, en el tiempo de los khanes no habia una sola cárcel en toda la Crimea. Las necesidades no son muchas, y la caridad prescrita por el Alcoran, se practica en grande escala. Una de las virtudes tradicionales de la nobleza es una generosidad ilimitada.

La industria tártara se halla encerrada en un estrecho círculo, pues se ciñe á la fabricación de los objetos usuales; solo la cuchillería ha llegado á la perfección. Cada oficio constituye un gremio, aunque sin exclusivismo. Los oficiales para recibirse de maestros, no necesitan otra condición que la de haber trabajado en una casa conocida durante cierto tiempo. La recepción se verifica un dia de fiesta en presencia de un mollah, por el maestro mas antiguo, quien, despues de haber dicho una oración, pone una faja al oficial que da tres veces la vuelta de su cuerpo y le dirige estas palabras: « No cierres nunca tu puerta, no abras jamás la de tu prójimo y trabaja todo lo necesario para ganar tu vida. »

La última parte de esa sentenciosa recomendacion caracteriza los hábitos de indolencia de los tártaros que, como todos los habitantes del Mediodía trabajan solo lo bastante para cubrir sus necesidades mas urgentes. La naturaleza es tan risueña en sus montañas, la tierra tan fértil y tan dulce el reposo al abrigo de los ardores del sol y al borde de una fuente, que el tártaro deja de trabajar en cuanto ha ganado el pan del dia, y se extraña de que haya personas que trabajan para lo venidero.

Por esto se puede pensar si se hallarán dispuestos á trabajar en beneficio de un amo extranjero. A su pereza natural se añade la repugnancia que experimentan á servir á un ruso, y los trabajos que estos les impo-

nen se ejecutan con una indolencia que irrita en alto grado á sus dominadores. Condenado á la obediencia, el aldeano evita toda relacion que no sea obligatoria, á pesar de sus instintos sociales; pero en cambio, aunque musulman lleno de celo, no es intolerante y busca la sociedad de los colonos alemanes con quienes entabla. amistosas relaciones. En cuanto á los judíos, no los mira tampoco con la antipatía y desprecio de los otros musulmanes.

El tártaro de la montaña es buen jardinero; sabe cultivar la viña, el cañamo, el tabaco, y conoce muy bien el arte de dirigir las aguas y de regar los terrenos en cuesta, pero no manifiesta la mayor aficion á la labranza, demasiado penosa para sus costumbres.

Las habitaciones de estos aldeanos se hallan construidas de una manera muy sencilla y pintoresca. Siempre que pueden se establecen en un terreno en cuesta que cortan á pico para formar el cuarto lado de sus casas. Tres paredes y un tejado con azotea que desemboca en la montaña componen todo el edificio. En la azotea, que saben construir impermeable al agua, el tártaro pone à secar su grano y sus frutas, y por la noche va á tomar el fresco y á conversar con sus vecinos. A veces se ven muchos pisos de casas sobrepuestos, de modo que solo un estrecho sendero separa la azotea del piso inferior de la del piso superior.

Este pueblo sedentario hoy, manifiesta su origen de pueblo errante en su aficion á montar á caballo; el caballo es el amigo, el inseparable compañero del tártaro. Jamás un simple jornalero va á pié, aunque vava á su trabajo; cuando llega al campo que debe cultivar, quita las riendas al animal y le deja libre; el caballo pasta sin separarse de su amo, á cuya voz vuelve inmedia-

tamente.

Los tártaros de la llanura han conservado mucho parecido con los mongoles, cuyos instintos viajeros poseen todavía. Los que habitan la esteppa de la Crimea, que son unos pocos, labran algunas partes de la llanura cambiando con frecuencia á cantones. Saben criar ganados, y se dedican sobre todo de conducir de un punto á otro los artículos, y sobre todo la sal, en sus madjiares, ó grandes carros con toldos de pieles de camellos arrastrados por búfalos, ó por dromedarios, cuya raza abunda mucho en la península. Algunos habitan en chozas miserables, pero los mas se albergan en unas tiendas cónicas, compuestas de un enrejado sostenido ligeramente, con toldos como los de sus carros.

No gastan otro combustible que el estiércol; el agua de sus pozos es mala y escasa, y solo ellos, con su animacion, animan algun tanto el desierto que es preciso

atravesar de Perecop á la montaña.

Antes del fatal tratado de 1774, los tártaros se hallaban sometidos á un khan, de la raza de Dchingiskhan de la cual la familia Gherai era la rama mas directa. Este príncipe era vasallo del sultan, pero vasallo que marchaba casi á la par con su soberano que no podia castigarle de muerte. El nombre del khan se pronunciaba en las oraciones públicas con el del Gran Señor. Delante de él, llevaban cinco colas de caballo, y la Puerta en tiempo de guerra le pagaba una suma considerable para el sostenimiento de su guardia. Cuando este príncipe iba á Constantinopla, era tratado como un soberano, y su influencia sobre el divan igualaba la del sultan, con poca diferencia. Mas aun; en caso de extincion de la raza de Osman, el imperio debia pasar á los descendientes de Dchingiskhan.

El poder del khan sobre los tártaros no era absoluto, pues su autoridad se hallaba limitada por los grandes del imperio, salidos de las ramas colaterales de la misma raza, y que ocupaban altos puestos para los que habian sido nombrados ó en los que se hallaban confirmados por el khan, pero que los hacian casi independientes de este principe. Eran como aquellos justicieros españoles que se inclinaban con respeto ante el soberano pero que oponian una valla inexpugnable á su despotismo. Uno de ellos tenia la mision de convocar à la nobleza, para que el khan no pudiera aprovecharse de su larga separacion y extender su poderio.

La nacion se dividia en tres clases; los nobles, los hombres libres y los emancipados; no habia siervos entre los tártaros, pero habia esclavos hechos en la

guerra, ó descendientes de los prisioneros.

Los nobles no conocian mas profesion que la de las armas, ni otra diversion que la caza. La mayor parte de las tierras les pertenecian, ya á título de feudos hereditarios, ó ya como propiedad inherente á sus dignidades. A veces mandaban cultivar por su propia cuenta á los esclavos, pero por lo comun arrendaban las tierras á los vasallos ó los emancipados.

Los nobles no debian al khan ningun impuesto por sus propiedades territoriales, y solo en caso de guerra, suministraban una cantidad determinada de víveres y una contribucion en dinero. Todos marchaban entónces seguidos de una parte de sus vasallos. No se llevaban víveres sino para pocos dias, pues una vez en el territorio enemigo, tomaban el saqueo como paga.

Cada familia noble con sus vasallos formaba entre los tártaros un beyrak, con una bandera distinta, y

bajo el mando del mas anciano de la raza.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Con este sistema de reclutamiento, en el que segun las necesidades, dos, tres ó cuatro familias proporcionaban un ginete, los tártaros desolaron tantas veces la Polonia oriental y llegaron hasta los muros de Moscou.

Una pequeña parte de las tierras que quedaron disponibles fueron repartidas entre algunos hombres que no eran nobles, pero imponiéndoseles la condicion de cultivar la tierra y construir poblaciones; eran estos vasallos inmediatos del khan, á quienes pagaban el

diezmo, y formaban en el ejército un cuerpo distinto,

muy adicto á la persona del príncipe.

La justicia se administraba por los cadis, nombrados unos por los nobles y otros por el khan; el sultan solo nombraba cuatro. Juzgaban lo civil y lo criminal, pero habia facultad para reusarlos y llevar la causa ante el divan que era á la vez tribunal supremo y consejo gubernativo, sin cuya sancion no podia declararse la guerra.

La justicia tártara tenia reputacion de imparcialidad

y de honradez.

En cuanto á los tártaros errantes de los desiertos que forman hoy la Rusia meridional, se hallaban divididos en cuatro hordas que habitaban la una entre el Danubio y el Dniester, la otra entre este rio y el Dnieper, la tercera del Dnieper al Don, y la última en el desierto que se extiende hasta el Volga. La tierra pertenecia á todos. El noble poseia los rebaños y los esclavos, y no cultivaba nunca; los hombres libres labraban una parte de la tierra que abandonaban al año siguiente. Los nobles tenian tributarios como los del patricio romano, que les pagaban un diezmo y les obedecian, y en cambio estos contaban con la proteccion del noble que en los tiempos de miseria, hasta los mantenia.

Los tártaros de la llanura, mas turbulentos y belicosos que los de la montaña, iban todos á la guerra, y á veces la provocaban por sus incursiones en los territo-

rios vecinos.

Despues de la conquista, el gobierno ruso se sustituyó á los khanes, á los nobles emigrados, y á las familias extinguidas de resultas de la guerra. Todas las posesiones que les pertenecian fueron confiscadas y repartidas despues entre los rusos á título de gratificacion. con los aldeanos que las cultivaban. Graves dificultades se presentaron ántes de que se fijara la condicion de aquellos infelices campesinos. Los conquistadores querian tratarlos como siervos, y el gobierno intimidado por la resistencia que en ellos provocaba esta pretension, debió intervenir por medio de una comision encargada de averiguar el estado anterior de los campesinos, y de determinar su condicion futura.

Los tártaros que no eran nobles quedaron sujetos á las mismas obligaciones que ántes, y además se coartó su libertad civil; en una palabra, se empeoró su suerte, con la circunstancia de que tuvieron que sufrir los malos tratamientos de un amo extranjero, acostumbrado á tratar con esclavos. Todo eso, y la ignorancia de la lengua rusa que quita á los tártaros el recurso de apelar ante los tribunales, ha mantenido la irritacion de la raza vencida, y es de suponer que si las poblaciones privadas de armas hace tanto tiempo, no se levantan á la aparicion de un ejército enemigo y de la bandera de la media luna, á lo ménos ayudarán con gusto en lo que puedan á las tropas aliadas.

Los tártaros no se hallan sometidos al reclutamiento. solo están obligados á mantener completo un escuadron

que forma parte de la guardia imperial.

Perecop, la primera localidad habitada que se encuentra viniendo de Rusia, no es mas que una aldea colocada detrás del foso con trincheras que va del mar Negro al Sivah cortando el istmo. Se entra por un puente y una puerta abovedada, junto á la cual hay una fortaleza de construccion bastante irregular. A 4 kilómetros mas allá está Armanskoi, dependiente de Perecop, que se compone de algunas tiendas donde los griegos y los armenios venden á los transeuntes los objetos mas usuales. Estas dos aldeas tendrán como unos 1500 habitantes. El camino está muy animado por el gran comercio de sal que hace la Crimea con la Rusia.

De allí al Valghir, y por mejor decir á Sympheropol, no se encuentran mas que algunas chozas aisladas. A la derecha en la costa occidental, está Kosloff ó Eupatoria, ciudad cuyas ruinas atestiguan la prosperidad del tiempo de la dominación tártara. Situada á la orilla del mar, en frente de las bocas del Danubio, á 63 kilómetros de Sympheropol, posee un puerto ó mas bien una rada mal abrigada, donde entran pocos buques, pues se hallan obligados á fondear léjos del muelle. Los estanques salinos y fangosos de Sak, producen en las cer-

canías fiebres endémicas. La poblacion actual es de unas tres mil almas.

Sympheropol, en tártaro, es Ak-Metchet (mezquita blanca) capital administrativa de la Taurida se compone de dos pueblos distintos; la ciudad nueva, donde estan los establecimientos del gobierno, y donde habitan los rusos, y la vieja habitada por los tártaros. Situada sobre el Salghir, que es el rio mayor que riega la Crimea, á la falda de las montañas, en un valle bien plantado, cuenta unos 9000 habitantes, tártaros la mayor parte de ellos. Como se encuentra en el límite de la esteppa, es el punto de reunion de los montañeses y de los del valle, y su mercado ofrece un espectáculo curioso: allí se ven confundidos los ligeros droskis de los rusos, los carros tártaros arrastrados por dromedarios ó por búfalos, y los carruajes alemanes con tiros de hermosos caballos. Doce lenguas, dice un testigo ocular, se cruzan en aquel punto de reunion del Oriente y del Occidente, dominadas con frecuencia por los largos sonidos de la balaleika y de los tamboriles que acompañan cantares tártaros ó gitanos.

A unos 60 kilómetros de esta ciudad, á la punta Sudoeste de la península, se eleva Sebastopol, ciudad principiada á edificar en 1786 sobre el terreno que ocupó una aldea tártara, Aktiar, y á poca distancia de la antigua Quersona. Como ya hemos hablado de Sebastopol mas de una vez en nuestro periódico, nos limitarémos à anadir que desde el principio de las hostilidades el gobierno ruso ha rodeado Sebastopol, que no se

hallaba defendido sino por el mar, de una muralla que

le protege tambien por el lado de tierra.

La poblacion de Sebastopol es exclusivamente rusa y griega, con mezcla [de algunos judíos y extranjeros; contando los empleados y marinos, está calculada en 30,000 almas; no tiene otra industria ni otro comercio que lo que exigen las necesidades de una gran reunion

de marineros y soldados.

Entre esta ciudad y Sympheropol, en el fondo de un largo valle encajonado entre dos montañas elevadas, se encuentra Baghtcheh-Sarai, la antigua ciudad de los khanes, donde aun reposan sus cenizas, cerca del palacio que habitaron. Exclusivamente afectada á los tártaros por un decreto de Catalina, ha conservado el tipo exacto de una ciudad oriental. Una calle larga con tiendas y talleres donde la industria tártara se ejerce en toda su sencillez, forma todo el pueblo, que no puede ensancharse por causa de las rocas. Los kraraims tienen el monopolio del comercio de telas, comestibles, artículos coloniales, y todo aquello, en fin, que no proviene de la industria local é indígena. Habitan sobre una roca vecina que forma un barrio separado tan curioso como pintoresco, de donde bajan todas las mañanas á abrir sus tiendas, y se vuelven por las noches á su montaña. Todo ese pueblo trabaja con calma, vende y compra con dignidad. De los 12,000 habitantes que se cuentan en Baghtcheh-Sarai, 8000 son tártaros, 1200 judíos karaitas y lo demás se compone de griegos, armenios y gitanos, que son tambien bastante numerosos y forman un barrio aparte.

En la costa meridional señalarémos Balaklava, ciudad conocida en la antigüedad con el nombre de Cembalo, ó Sybolon puesto avanzado del Queltoneso Herarteotico, que fué ocupada y fortificada por los genoveses. Este pueblo se halla situado en el fondo de un valle que concluye en un puertecillo natural formado por cuestas escarpadas, y que comunica solo con la mar por medio de un pasaje estrecho y tortuoso, apénas suficiente para un buque; sin embargo, es un buen fondeadero de un kilómetro de largo, sobre unos 400 me-

tros de anchura.

Temiendo que se introdujera contrabando por ese puerto, la autoridad moscovita prohibió la entrada á todo buque, y solo en estos últimos años se alzó la prohibicion para las embarcaciones en peligro de perderse.

Los habitantes de Balaklava son labradores griegos ó

marinos.

Alutcha y Sondagh en la costa meridional, no son mas que unas aldeas construidas en el lugar que ocuparon antes ciudades muy florecientes; en lugar de puertos no hay mas que radas, y los buques deben anclar á cierta distancia de la orilla.

En el interior de las tierras, sobre el camino de Sympheropol, en Kaffa, se encuentra Kara. Su-Bazar ciudad de 15,000 habitantes, de un aspecto casi tan orien-

tal como Baghtcheh-Sarai.

En el punto donde cesa la cordillera taurica, se eleva Teodosia á orillas del mar Negro, no léjos de la entrada del estrecho de Kertch, ciudad milesiana, genovesa y turca; en ruso Keodocia, y para los indígenas Kaffa la infiel, nombre que la dieron en la época en que fué italiana y cristiana. Bajo la dominación de los turcos, y en el apogeo de su poder, la llamaban la segunda Constantinopla; segun dicen, encerraba entónces en su vasto recinto 30,000 casas y mas de 100,000 habitantes. Residencia de los bajáes y de los últimos khanes, que la embellecieron sucesivamente, contaba 171 fuertes, 50 mezquitas y otras tantas iglesias cristianas.

Cuando la toma de Kaffa en 1783, por Potemkin, fueron destruidos muchos de esos monumentos, y despues la barbarie moscovita se empeñó en acabar con lo que quedaba. Solo en estos últimos años, conoció la autoridad que eran inútiles esas devastaciones, y quiso dejar en pié los monumentos que no habian sucumbi-

do, pero ya era tarde.

Los kurghanes, esos promontorios que unos llaman sepulcros y otros piensan que servian de puntos de reconocimiento y de direccion, habian sido saqueados por la codicia privada. Los utensilios, las armas, las estatuas groseras que contenian las esculturas griegas ó del Bajo-Imperio que los adornaban, todo habia desaparecido ó se hallaba en un triste estado.

Hoy Teodosia no cuenta mas que unos 5000 habitantes, la mayor parte extranjeros, atraidos allí por el comercio. Situada en las costa domina una rada espaciosa, con un buen fondo, pero mal abrigada contra los vientos del Este; es uno de los puntos por donde halla-

ria ménos resistencia un desembarco.

Kestch, antiguamente Pankiapea, en el estrecho que lleva su nombre, posee una rada muy extensa y bien segura. Lazareto forzoso de todos los buques que van al mar de Azoff, su importancia comercial ha crecido à expensas de la de Lagaurok. El único inconveniente que puede detener su desarrollo, es el poco fondo de sus aguas, que obliga á los buques mayores á fondear léjos de la orilla. La poblacion de Kestch, será de unas 3000 almas.

Como Teodosia, esta ciudad encerraba muchas antigüedades, que tambien allí han sido destruidas ó deterioradas por la soldadesca.

Genikalé es una pobre aldea con un fuertecillo para

defender el paso del estrecho.

Tal es la Crimea, ese país que de nuevo se va á convertir en teatro de la guerra, y que en interés de la paz tendrá que cambiar de amo despues de la contienda.

# LA FLOR DE LA CANELA

CANCION ANDALUZA CON ACOMPAÑAMIENTO DE PIANO

MUSICA DEL MAESTRO IRADIER.



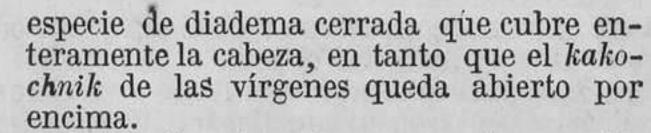
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Costumbree rusas.

En Rusia donde las clases medias principian apénas á formarse en algunas grandes ciudades, la sociedad, ó por mejor decir, la nacion misma, no presenta mas que dos extremos, los nobles y los siervos. Por un ladolla ociosidad y la riqueza, y por otro el trabajo y la miseria; por un lado la posesion de las tierras, y aun la posesion del hombre, por el otro nada, ni aun la libertad corporal, la posesion de sí mismo. En esa sociedad donde la nobleza se ha hecho desde hace tiempo europea, asimilándose con el cultivo de las ciencias y las artes, los viajes y los hábitos, á las clases elevadas de los países extranjeros, no queda nada ruso mas que el pueblo, v solo en el pueblo pueden hallar el observador y el pintor las costumbres y la fisonomía nacionales. Los salones de San Petersburgo, son salones de Paris, donde hasta se habla la lengua francesa. Es preciso pues bajar á las



Un barquero ruso.



En efecto veámosla ya como hemos dicho y jugando con su pequeñuelo á los pálidos rayos de un sol oblicuo, sentada á la puerta de la *isba* que su marido elevó rápidamente con la ayuda de sus parientes y vecinos; toda la cabaña es de madera; paredes, techumbre, escaleras, todo se hace con los mismos materiales cortados en el bosque vecino. No entra un ladrillo en una *isba* sino para construir la estufa que calienta toda la casa, que es la cocina comun, y además la alcoba, pues el aldeano ruso no conoce el lujo de la cama, en el invierno duerme sobre su estufa y en el estío sobre un banco.

En esas chozas, bastante grandes por lo regular, bien distribuidas y limpias (aunque el piso bajo se halla lleno de animales) penetra sin embargo, un objeto de lujo, cuyo uso constante le ha hecho de primera necesidad en las familias.

En Rusia el viajero se sorprende al hallar en la mas miserable *isba*, léjos de las ciudades y de los caminos, un té exquisito que viene de las extremidades del Asia. El té que se toma en Inglaterra, en Francia y en lo demás de Europa, viene por mar y pierde en ese viaje una parte de su aroma tomando siempre algun olor extranjero, pues es de una delicadeza extremada; en

vez que el té que beben los rusos llega por tierra en grandes caravanas. Cada año, por el mes de julio, dos ó tres mil camellos cargados!de cajas de té bien cerradas, despues de atravesar la muralla de la China y la inmensidad de la Alta-Asia, llegan á la feria de Nijisi-Novgorod sobre el Volga, y de allí esa prodigiosa cantidad de flores y de hojas aromáticas, se esparce en toda la Rusia del Báltico al mar Caspio, y del mar Blanco al mar Negro.

Los rusos, saben, preparar

Los rusos saben preparar el té mejor que en los otros pueblos; ninguna de las teteras inventadas en los tres reinos y puestas en uso por las rubias ladies vale lo que el somovar de un aldeano ruso. Los atenienses iban al perfume como nosotros vamos al café. Allí en las tiendas de los perfumistas se reunian los ociosos y los noveleros para hablar de los acontecimientos de la guerra del Peloponeso, ó de la cola del



Mercader de té y de pastelillos.

Familia de campesinos rusos.

tiendas mas ínfimas, y al isba del siervo para hallar en fin la antigua Rusia.

Nuestros cuatro dibujos son cuatro cuadros de costumbres populares copiados de la naturaleza. El barquero se parece á los marinos del puerto de Cronstadt; solo puede hacer su oficio, esto es, pasar á la gente en su barca la mitad del año, de mayo á octubre, puesiuna vez que llega el invierno, los rios y los lagos, en vez de interrumpir las comunicaciones y de separar los países que riegan, se vuelven por el contrario otros tantos caminos abiertos para los trineos. Pero lo demás del tiempo como los puentes son escasos en Rusia, el oficio del barquero se hace indispensable. Sin él cada arroyuelo se volveria una frontera inexpugnable.

Esa jóven con las trenzas flotantes, que la madre lleva sin duda á alguna fiesta (praznik) reunion ordinaria de los enamorados, se casará, y madre de familia, se pondrá el kakochnik de las matronas,



Mercaderes rusos tomando el té en las islas un dia festivo.

perro de Alcibiades. Los rusos van al té, y si los pudientes hallan en los barrios suntuosos de San Petersburgo ó de Moscou salones bien calientes y blandos sillones para saborear una taza de té amarillo, compuesto de flores de la planta, el hombre del pueblo encuentra á cada paso tiendecillas ó mercaderes ambulantes de somovar, y mediante dos ó tres kopecks se calienta con un vaso de té negro. El té es el compañero de los viajes y de todas las diversiones. Que vaya uno por un dia claro y hermoso de invierno, bien abrigado en un capoton de pieles á pasearse por las orillas del Newa, ó á rodar de lo alto de las montañas de hielo con una rapidez espantosa, por todas partes se encuentra té y pastelillos. Cuando por el contrario, se va en esos dias sin noche del estío, en la época en que el sol baja en el horizonte á las once de la mañana, para presentarse de nuevo á la una de la madrugada, dejando un crepúsculo

igual al dia, y se va, decimos, en alegre reunion recorriendo las isbas, donde habitan todos los ricos de San Petersburgo; que uno se extienda sobre la yerba en frente de un lago surcado por cien barcas ligeras, ó á la sombra de un árbol, no hay remedio, pronto llegarán el té y los pastelillos. En fin, puede decirse que en Rusia solo dos cosas pertenecen en comun á la especie humana, lo mismo al rico que al pobre, al amo que al esclavo, y son el aire y el té.

### Tomiotto y Maria.

(TRADUCIDO DE CESARE BALBO.)

En las cercanías de Turin donde he vivido cuatro años, he conocido un sacerdote bueno y amable que, además de sus funciones eclesiásticas, llenaba tambien las de maestro de escuela. Despues que acababa con sus oficios, y que salia de su confesonario y de su clase, se divertia en visitar á la gente del pueblo completando con sencillas narraciones el efecto de sus lecciones y de su ejemplo, pues es preciso decir que era, ante todo, un hombre que practicaba la virtud, y muy piadoso.

Aun me acuerdo de una de esas historias que contaba, tierna por su sencillez é ingenuidad, aunque sus medios dramáticos son poco complicados, y voy á trasladarla aquí fielmente sin quitar ni añadir nada, tal como la oyeron los pobres aldeanos que formaban corro al rededor del maestro de escuela y del cura párroco.

Principió diciendo:

En tiempo de los franceses se echaban quintas, lo que equivale á decir que existia el horrible suplicio de ver arrancar de los brazos de sus familias, á hijos, hermanos y maridos que atados como animales inmundos, llevaban léjos, muy léjos, à la carnicería... Sí, era una carnicería, sobre todo para nosotros que nada teniamos que ver con todas aquellas guerras. Pero no eran los que se marchaban los que sufrian mas, sino los que los perdian, el país desolado sin provecho para sus principes ni para la patria.

A los que no me crean, voy á contarles una historia muy triste de la que fui testigo, en la que desempeñé un papel, y cuyo doloroso recuerdo conservaré toda mi vida. No es un cuento gracioso, es la historia de unos pobres aldeanos, y por eso la cuento en una al-

En tiempo de los franceses habitaba yo en el alto Montferrat, cerca de los Gaughe, donde conocí á dos jóvenes que se llamaban el uno Toniotto y la otra Maria. Creo que existia algun parentesco entre sus familias, pero de todos modos vivian como buenos vecinos. Habia entre ambos jóvenes tanta amistad, se querian tanto, que siempre andaban juntos, y los que los conocian no se cansaban de decir que harian un buen matrimonio.

Toniotto á los diez y ocho años era uno de los mejores mozos del pueblo, y María era una verdadera madona, rubia, tierna, pura y sencilla como una paloma.

Ambos tenian muy buen corazon, y opinaban lo mismo que los que decian que estaban hechos el uno para el otro; todo el mundo lo sabia, y todos deseaban que se efectuara su dichoso enlace.

La jóven tenia diez y seis años; la boda estaba convenida, y solo se esperaba la quinta para saber cual era la suerte de Toniotto, pues ¿ para qué casarlos si la pobre María debia quedarse viuda á los pocos dias?

Las dos familias pensaban así, pero no los dos jóvenes; María decia que siendo su mujer, le seguiria al regimiento, aunque fuese como cantinera, y Toniotto, aunque esta idea no le agradaba mucho, decia tambien que, si habia de separarse de ella, valia mas que fuese su mujer; por último, con la confianza propia de la juventud, ambos esperaban que el cielo se compadeceria de Toniotto dejándole en la idea, y entre tanto se amaban con delirio.

Pero pronto llegó la época de la quinta; todo el mundo en la aldea estaba entristecido, y sobre todo los pobres novios habian llegado á una extremidad que daba lástima verlos. María tan fresca y vivaracha algunos dias ántes, se puso pálida y abatida; sus grandes ojeras negras demostraban lo poco que dormia.

Toniotto, por el contrario, tenia el rostro inflamado, y se hallaba como agitado de una fuerte calentura; sus labios estaban trémulos, y su mirada se fijaba terrible en las personas como si estuviera ya viendo el gendarme que le debia arrancar de los brazos de María. Era evidente que se hallaba dominado por uno de esos pensamientos que cambian y echan á perder los mejores caractéres.

El pobre jóven que hasta entónces habia observado una conducta ejemplar, principió á ausentarse de la casa paterna; á veces se quedaba fuera de ella dos y tres dias, y daba por disculpa que se habia estado paseando en las fiestas de los pueblos vecinos, pero nadie lo creia porque María no habia salido de casa; lo que se pensaba es que se habia puesto en relaciones con algunos bandidos que rodaban entónces por aquellos campos, restos de las tropas de aquel Majino que, algunos años ántes, se habia dado el título de emperador de los Alpes.

Sin embargo, el dia del sorteo Toniotto se encontró en el pueblo principal del distrito, y aun se notó que

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

María le acompañaba hablándole con vehemencia, como si la costara mucho trabajo persuadirle.

Toniotto escuchaba en silencio con una expresion iracunda mal contenida.

Cuando llegaron á la sala donde se habia de celebrar el sorteo, Toniotto soltó de repente el brazo de María, que corrió á ocultarse en un rincon esperando con valor el llamamiento de los números. Toniotto se fué á mezclarse con los mozos.

Todos, aunque inquietos por su propia suerte, le miraban con interés, y aun algunos le dijeron:

- Toniotto, deseamos que Dios te saque libre con preferencia á nosotros; tenemos un padre y una madre, y no querriamos abandonarlos, pero si la Providencia dispone otra cosa, ¿ que hemos de hacer? No es culpa nuestra, y además, ¿ quién sabe? quizás llegarémos á oficiales, á generales; muchos generales hay hoy que salieron como nosotros de una aldea; pero tú, pobre Toniotto, con tu guapa novia que llora tanto, es otra cosa.

Toniotto nada respondia.

Por fin vino el prefecto, el general del departamento y el comandante de la gendarmería, y principió el sorteo; á cada cual le llegó su vez, ya podréis imaginaros como temblaria la pobre jóven, cuando le tocó el turno á Toniotto... pero él no parecia angustiado, metió la mano y sacó el número 2.

Ya no habia nada que esperar, era soldado.

De allí se llevaron á María medio muerta; Toniotto no profirió una palabra. Concluido el sorteo mandaron á los quintos que se presentaran allí mismo dentro de tres dias; luego les leyeron las leyes penales sobre los prófugos, y cada cual se retiró á su casa.

Los padres de Toniotto quisieron llevársele, pero él no quiso ir, diciendo que se marchaba con los otros.

— Mas tarde iré, les dijo.

Pero en vano le esperaron todo el dia y la noche que

siguió, pues no se le vió el pelo.

Entónces principiaron á espantarse; se vieron todos perdidos, y pensaron en aquellas terribles penas en que incurria Toniotto, y que á falta del prófugo, recaian en sus mas próximos parientes.

Tres dias pasaron en estas angustias esperando sin

cesar la vuelta de Toniotto.

El cuarto dia vino un cabo de gendarmes á hacer constar la ausencia ; pero como la familia era conocida por su honradez, y todo el mundo habria respondido por ella, les concedieron dos dias mas para encontrar al prófugo. Sin embargo, los padres se desesperaban, porque no sabian donde buscarle.

Al sexto dia les enviaron dos soldados.

Por la noche, los aldeanos vieron algunas malas figuras que rodaban por aquellos contornos, y por último á las dos de la madrugada un hombre se presentó á suplicar al padre de Toniotto que saliera detrás de la iglesia donde habia uno que queria hablarle. Fué y se encontró con su hijo, y ambos permanecieron juntos durante tres horas hablando y disputando.

Por la aldea corrió el rumor de que Toniotto habia querido decir á su padre que habia sido un buen soldado, y que estaba bien firme todavía á que se uniera con él y con sus malos compañeros, pero que el viejo

se habia negado á ello. Sea como quiera, lo cierto es que al otro dia Toniotto volvió á la casa; los dos soldados quisieron prenderle,

pero él les dijo:

— Es inútil. Y al mismo tiempo les mostró un objeto que llevaba

oculto. - No me pongais la mano encima; en cuanto almuerce y me despida de mis padres, iré yo mismo á presentarme.

Y cumplió su palabra.

Yo cuando supe que habia llegado, corrí á verle, y le encontré que salia de casa de su padre y entraba en la de María.

— Dios te dará tu recompensa, le dije; te portas como un buen hijo.

Y él me respondió: - Es muy justo.

Y entró en casa de Maria.

Muy tierna fué aqueila escena; María me la ha contado muchas veces. Toniotto habia querido devolverla su libertad y la palabra que tantas veces se habian dado el uno al otro, pero la jóven no quiso consentir en ello, y le dijo que le esperaria.

Es de advertir que en aquella época no se creia en el servicio ilimitado; la gente se figuraba que un hombre permanecia solo cuatro años en las filas, como decia la ley, pero despues llegó el amargo desengaño.

Una vez que salian los quintos, no volvian mas, excepto aquellos que perdian un brazo ó una pierna, y que

quedaban fuera de servicio.

Por último, oi un grito en la casa, y Toniotto salió con el rostro descompuesto; se despidió de sus padres, que le esperaban, y se marchó sin querer que le acompañara nadie.

El pobre jóven sabia lo que le esperaba, y yo que lo sabia tambien, segui sus pasos, le dejé tiempo para que se calmara un poco, y por último me acerqué y caminamos juntos. Cuando llegamos á la capital del distrito me tendió la mano; dos gruesas lágrimas corrian á lo largo de sus mejillas, pero al punto, como avergonzado de su flaqueza, se serenó y se puso a hablar de otra cosa.

Yo quise ir á casa del sub-prefecto á quien conocia un poco, pero él no quiso; pidió audiencia en su propio nombre, entró, y dijo:

Yo me adelanté, é hice los mayores elogios de su caracter. El sub-prefecto estuvo muy fino, llamó al cabo de gendarmes, se le recomendó, por lo que oi, y el cabo salió diciendo: — Se hará lo que se pueda.

— Soy Toniotto... hace algunos dias saqué el número

2, y me ha costado mucho trabajo el venir con los

otros; á decir verdad, sin el peligro que corria mi fa-

milia, creo que no habria venido nunca; pero aquí es-

Y luego dijo al jóven que le siguiera al depósito. Toniotto se despidió de mí, suplicándome que impidiera á sus padres y á María que trataran de volverle à ver, y sobre todo de acompañarle.

Los gendarmes me dijeron que marcharia al dia siguiente, y yo me volví á la aldea, adonde encontré á María con los padres de Toniotto.

Repeti las palabras del jóven, pero María exclamó:

 — Quiero verle mañana. - No podeis verle, la dije yo.

— ¿ Está en la cárcel?

— No lo creo; pero él no quiere que le veais. - ¿Entónces se marcha mañana? exclamó con desesperacion.

Y luego de pregunta en pregunta al uno y al otro. acabó por saber como se trataba á los prófugos.

Entónces comprendió lo que habia y se calló. Al otro dia muy temprano se marchó con un cestillo al brazo, para que en la casa no echaran de ver su salida. y para que en el camino pensaran que iba al mercado; pero todos descubrieron la trampa; nadie dudó un instante que iba á despedirse de Toniotto. En cuanto lo descubrieron sus hermanos, corrieron á la capital del distrito, pero allí supieron que Toniotto se habia marchado ya, y que á María nadie la habia visto.

La jóven habia previsto que la seguirian, y se habia ido directamente á la primera parada de los quintos, donde llegó al mismo tiempo que Toniotto, que iba escoltado por dos gendarmes como un malhechor. Sin embargo, los gendarmes se habian portado bien con él, no le habian atado las manos. En cuanto reconocieron á María la permitieron que se acercara, y la jóven dividió con ellos las provisiones destinadas à Toniotto, y pudo permanecer con él algunas horas.

Toniotto no pudo persuadirla de que no se quedara alli aquella noche; la resolucion de María era inexora-

tov.

Por la noche encerraron á Toniotto, y María se fué á casa de una mujer á pedirla por caridad un asilo, y á la mañana siguiente se fué á esperar á la puerta de la cárcel à que Toniotto saliera.

Ya podeis juzgar de su dolor cuando le vió venir con las manos atadas, y en una larga cuerda donde iban veinte que marchaban de dos en dos como presidarios. Y sin embargo, todos eran soldados de aquel principe, que á tan alto grado elevó la profesion de las armas. Los demás apénas sentian aquella afrenta, pues sabian que aquel suplicio debia durar poco, hasta que atravesaran los Alpes, ó hasta que llegaran á los depósitos; pero ; qué dolor para Toniotto delante de Maria!

La jóven marchaba valerosamente á su lado. - ¿Qué intentas hacer? ¿ qué quieres, María? la decia el jóven.

No lo sé, he querido volverte à ver y acompañarte

un poco.

Y seguia hablando de su idea de marcharse como cantinera con el regimiento; pero Toniotto se oponia á esto, y la recordaba su familia, lo que la hacia llorar á lágrima viva.

La escena era muy triste, y sin embargo, los compañeros se burlaban de ellos. Los gendarmes, que eran otros ya, les trataban con dureza; en la parada donde se comió, los presos fueron encerrados en una cua-

María quiso quedarse á la puerta, pero la echaron de allí, y la pobre jóven se mantuvo á cierta distancia sin querer tomar un bocado de pan ni una gota de agua, hasta que vió en fin salir á los presos atados como antes. Entónces se volvió junto á Toniotto, le acercó á la boca una fruta para que refrescara su garganta, y continuó marchando con la cuerda.

Toniotto continuó suplicándola que se volviera, y

ella seguia marchando sin saber lo que hacia. Por fin, antes de llegar al último descanso de la jornada, llegaron los dos hermanos de María, y la rogaron con lágrimas en los ojos que volviera con ellos; María se callaba; Toniotto la insté tambien, y por fin cedió la jóven. Entónces se acordó que estarian juntos hasta la noche, que descansarian, y que por último á la mañana siguiente se dirian el postrer adios en el ca-

mino. Toniotto pasó preso tambien aquella noche, y Maria

se fué con sus hermanos á la posada.

Pero apénas se acostó la pobre jóven cuando sofocada por el cansancio y el calor, y mas aun por las angustias de los últimos dias, experimentó una fuerte calentura complicada con delirio y fuertes accidentes.

Por la mañana uno de los hermanos se quedó con ella y el otro corrió à la puerta de la carcel, dijo algunas palabras á Toniotto sobre la enfermedad de María, y Toniotto, sin tiempo para responder, fué arrastrado bruscamente con los demás y separado del último de los suyos.

María permaneció allí enferma quince dias; sus hermanos no se separaban de ella; su madre vino á cuidarla, y por fin, en cuanto pudo soportar el viaje se

volvieron todos juntos al pueblo.

María estaba desconocida; su fuga habia dado mucho que decir, pero todo el mundo la queria tanto, que léjos de culparla, cada cual la demostró el mayor interés por sus tristes é inocentes amores.

Sin embargo, María comenzó á restablecerse, sobre todo cuando los padres de Toniotto recibieron la primera carta del ejército. Aun me acuerdo de ella palabra por palabra; he aquí lo que decia:

#### « Querido padre:

» El primer uso que hago de mis manos en cuanto » me las han dejado libres es para escribiros esta carta. " Hemos llegado al depósito que está en una ciudad " llamada Besançon, donde, segun parece, permanecep rémos poco tiempo. Ya me han vestido de militar, no me conoceriais, diríase que estamos marcados » como los carneros de nuestro pueblo cuando van " juntos. Despues de haber recibido el uniforme, he-» mos principiado á hacer el ejercicio, esto es, nos en-» señan á marchar y á volver la cabeza á derecha é » izquierda. Dentro de dos ó tres dias nos darán nues-" tros fusiles, y eso es todo; parece que no se hace otra » cosa desde que sale el sol hasta que se pone. Nuestra » esperanza está en la guerra, por la razon de que en » ella se acabará nuestro fastidio, y despues una vez en » el campo de batalla, ya no se conocen los quintos, » pues es de advertir que esa es una injuria que nos » están repitiendo todo el dia.

» Desearia que estuvierais ya bien consolados todos, » y quisiera saber algo de la pobre María. Mucho pa-» deci en aquellos dos dias que vino acompañándome; » pero puedo juraros, querido padre, que la traté como » à una hermana, y además, aun cuando no hubieran » sido así mis intenciones, no habria podido obrar de » otra manera.

» Me prometo que nadie habrá interpretado mal su » conducta, y os suplico que la deis un abrazo por mí, » pues ya sabréis que no pude tener esa dicha cuando » nos separamos. Muchas cosas á su hermano, á su » madre, á mi hermano y á vos, y en fin á nuestro » buen maestro, á quien bendigo porque me enseñó á » escribir, pues que le debo el consuelo que me doy á » mí mismo en este dia.

» Adios; os pide vuestra bendicion,

» Vuestro hijo

» TONIOTTO. »

La segunda carta venia fechada de Magdeburgo, y decia entre otras cosas lo siguiente :

« Me he encontrado en la grande batalla de Jena : » habia oido decir que los primeros tiros espantaban, » pero puedo aseguraros que para mí han sido el me-» jor consuelo que me ha concedido el Señor desde que » salí de casa. Desde ese dia, ninguno de los camaradas » me dice ya recluta, y además he pasado á los grana-» deros....»

En el invierno siguiente recibieron otra carta fechada en no sé qué punto de la Polonia, y luego otra por el verano, escrita en Aranda de Duero en España. Su contenido se reducia siempre á narraciones de nuevas batallas; se veia que tomaba aficion à las cosas de guerra. Le nombraron cabo, luego sargento, y por último obtuvo la cruz de la Legion de Honor. No cesaba de darme gracias porque le habia enseñado á escribir; decia que esto le servia mas para sus ascensos que todos los rasgos de valor en el campo de batalla.

Así se pasaron dos años. Un dia, como de costumbre, estaba yo en mi clase, cuando entró un muchacho di-

ciendo:

— ¡Toniotto ha llegado, vamos á verle todos! En efecto, todos corrimos fuera, y hallamos á Toniotto entre su padre y Maria. Jamás he visto una fisonomía mas alegre y radiante. María lloraba y sollozaba como una criatura, sin poder pronunciar una palabra; alli estaban tambien todos los miembros de las dos familias abrazando al soldado.

Toniotto cuando me descubrió, se levantó y se arrojó en mis brazos. Supe que su regimiento, enviado de Espana al ejército de Italia, atravesaba el Piamonte; que habia obtenido una licencia de tres dias para ver á sus padres y... pero tenia que hacer otras muchas cosas

antes que seguir hablando conmigo.

El soldado tomaba la mano de María y la cubria de Desos con una desenvoltura que no le conocí en otro nempo, y que me hizo temer hubiera cambiado. Pero le vi los otros dias, hablé largamente con él, y conocí que era siempre un muchacho honrado. Quizá no amaba como en otro tiempo, pero su amor habia ganado; la naturaleza viril, propia de su nueva vida, habia transformado su ternura; ya no se consumia enlamentaciones y en gemidos, sino que caminaba derecho á sus fines; contaba seriamente con sus esperanzas, y formaba proyectos positivos.

Decia que gracias á su saber pronto llegaria á oficial, y que entónces nada le seria mas fácil que obtener un permiso para casarse, y que si le negaban el permiso

podria abandonar el servicio.

En suma, aquellos tres dias fueron una fiesta para todo el país, y creo que fueron tambien los mejores dias de María.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Toniotto se marchó dejando tres monedas de oro á su padre, una á su hermana y un hermoso pañuelo á Maria con una sortija. En cuanto llegó á Venecia la envió

una cadenita dentro de una carta, que María se colgó al cuello y no abandonó nunca.

Por entónces principió la campaña de Austria; era la tercera guerra á la cual asistia Toniotto. A cada batalla, como él decia, recibia algun golpe y algun ascenso. Esta vez recibió una herida en la cabeza, se supo en el pueblo, y la pobre María estuvo á la muerte, pero al fin curó y pasó á la guardia imperial, con lo que se puso loco de contento.

Hecha la paz volvió á Paris, y de allí escribia á menudo enviando á María algun regalito de tiempo en tiempo. Habia pasado al estado mayor, y anunciaba que seguramente pronto saldria oficial, con lo cual todo el mundo seria dichoso.

Así se pasaron otros dos años, y luego vino la guerra de Rusia. Toniotto corrió á ella con el corazon rebosando de esperanza. De Smolensk escribió que habia alcanzado otro grado y otra condecoracion, y que ántes de la campaña seria oficial. Por otra parte, se creia generalmente que aquella guerra seria la última.

María principiaba á despertar la envidia de aquellas que la compadecian, como si á fuerza de esperar hubiera debido morir soltera. La familia rebosaba de júbilo; María escribia cartas muy largas á su prometido, y todo parecia marchar á las mil maravillas.

Cuando llegó el invierno comenzó á correr la noticia de que el ejército francés habia sido destruido completamente. Yo iba poco al pueblo y supe que la noticia era verdad, ó poco la faltaba. No se recibian cartas de nadie, y por consiguiente se ignoraba la suerte de Toniotto.

Por fin, hácia el mes de diciembre algunos piamonteses escribieron que habia muerto en el paso del Beresina.

No os hablaré del dolor del anciano padre, de los hermanos, y sobre todo de la desgraciada María, que cayó mala y estuvo á la muerte; desde entónces llovieron las desgracias sobre la familia. Uno de los hermanos salió soldado, y tuvo que marchar para Alemania; poco tiempo despues las quintas se sucedian sin intervalo, y el otro, soldado tambien, tuvo que caminar á Francia.

Cuando la desgracia entra en una casa hace estragos; los hermanos de María murieron el uno en Hanainau, y el otro en Paris, en los últimos tiros de aquella guerra que tan poco nos importaba y nos costó tancara.

María se quedó sola para sostener á su padre y á su madre, reducidos á la miseria y aniquilados por el dolor; solo el sentimiento del deber y la voluntad de Dios pudieron darla fuerzas para soportar la vida.

¡Pobre jóven! tenia entónces veintidos años; el dolor habia dado á su hermosura un carácter celeste, y en su rostro no se descubria ni desesperacion, ni tristeza amarga, sino simplemente una expresion afligida.

(Se concluirá.)

#### La mina sim corazon.

BALADA.

Era una noche callada, Sin estrellas y sin luna, En que el misterio se aduna A la negra oscuridad.

Noche de tristura y duelo, En que al compás de la lira, El triste amador suspira Desdenes de su beldad.

Entre las opacas nieblas Feudal castillo se via, Y al pié de una celosía Un infeliz trovador

Daba de este modo al viento La queja del alma herida, Que no comprende la vida Sin la dicha del amor.

« Escucha, señora mia, Los sentidos pensamientos, Que en amorosos acentos Te envia mi corazon.

Dirígeme compasiva Una mirada siquiera, Que calme mi angustia fiera, Oue termine mi afliccion.

Do tú no estás, vida mia, No dan aroma las flores, El sol pierde sus fulgores Y las aves su cantar;

¡Oh! ¡qué dicha tan inmensa Si en pago á mi amor ardiente, Los ensueños de mi mente Llegases á realizar.

Junto à tí, ¿qué fuera el tiempo? Besando tus labios rojos; Bebiendo amor en tus ojos, Conturbada la razon;

Seria un instante breve, Un ensueño venturoso, Que pasara presuroso Cual rápida exhalacion.

Pero, ingrata, tú no atiendes La queja del amor mio, Y premias con el desvío Esta ardorosa pasion.

; Maldita la suerte mia Que me hizo loco adorarte, Y ora no puedo olvidarte, Hermosa sin corazon! »

De este modo se quejaba El trovador apenado, Miéntras que su dueño amado, Al escuchar la cancion,

Con sonrisa indiferente Plegó el labio purpurino : ¡Ay del que halla en su camino A un ángel sin corazon!

LUIS VIDARTA

Segovia, 1853.

#### Los Infiernos.

(Conclusion.)

Sea de esto lo que quiera, la idea de convertir al sol en la hoguera gigantesca donde arden los réprobos; la idea de hacer alumbrar y calentar la tierra por las reverberaciones y ardores del incendio infernal, es una de las mas excéntricas que pueden cruzar una imaginacion humana. Solo puede ceder la supremacía á la de un escritor inglés llamado Whiston, que afirma que los cometas son otros tantos infiernos destinados á balancear eternamente los condenados desde los ardorosos rayos del sol hasta la helada órbita de Saturno. Esto es tambien muy extravagante, pero hay siquiera algo de poesía en esas ondas de fuego impulsadas por la mano de Dios.

Examinemos las relaciones de las excursiones imaginarias al otro mundo. El famoso viaje de san Brendan es una de las visiones mas antiguas y célebres. San Brendan era un monje irlandés del siglo XVI, que se marchó á buscar el paraiso terrestre. Despues de las mil aventuras milagrosas de su viaje, cuya fantástica revelacion nos ha dejado, llegó cerca del infierno. Era una isla salvaje y nebulosa, ó mas bien una fragua inmensa y tumultuosa, en la que demonios-ciclopes, ennegrecidos por el humo, golpeaban eternamente con sus martillos yunques enormes sobre los cuales se retorcian y debatian los condenados. Mas adentro halló el santo varon á un hombre velludo y deforme, sentado en una piedra con los piés metidos en agua, y en cuyos ojos daba continuamente un harapo movido por el viento. Aquel hombre era Júdas, á quien Jesus habia permitido que fuera á descansar allí cada domingo de sus semanas de tormento. Esta excepcion misericordiosa de Cristo en favor del que le habia vendido y hecho traicion, es una concepcion tierna y poética.

Una vision infernal no ménos célebre es la de un monje de Monte-Cassino, llamado Alberic. Conducido por san Pedro y por un ángel llamado Hélos al fondo del infierno, vió à Satanás bajo la forma de un gusano gigantesco que serpenteaba en el pozo del abismo. Delante de la boca de aquel gusano revoloteaba una gran porcion de almas. Cada vez que el monstruo aspiraba el aire pestilente de aquella region, atraia dentro de sí aquellas almas como si fueran moscas, y cuando exhalaba el aliento las arrojaba ardiendo como chispas.

Habia en Irlanda en el siglo XII una cueva milagrosa que suponian ser una puerta de comunicacion con el otro mundo, abierta por el apóstol san Patricio. Un valiente caballero llamado Owein resolvió aventurarse á entrar en aquel pasadizo oscuro de infierno. « Volvió, » dice el autor de la leyenda, pálido y con los cabellos » erizados, porque habia visto cosas muy terribles. » Despues de haber seguido algun tiempo las sinuo-» sidades de la gruta, habia salido á una llanura árida, » inmensa; tenebrosa, donde bramaba con fuerza un » huracan espantoso, y cuyo cielo, extraordinariamente » nublado, se extendia hasta donde se le perdia de vista. » Cabalgatas deformes de demonios se dibujaban de » cuando en cuando en los límites del horizonte. Algu-» nos crucificados, clavados á la tierra con estacas ro-» jizas, se retorcian y mordian la tierra con rabia. Otros » estaban echados de espaldas, y serpientes enormes les » lanzaban sus dardos al corazon, como el arquero que » lanza su flecha á un hlanco. Algunos esqueletos tiri-» taban, haciendo chocar sus huesos con un ruido si-» niestro en el fondo de un pozo de hielo; otros estaban » clavados al suelo por un número de clavos tan consi» derable, que con dificultad se hubiera hallado en su » cuerpo un sitio en que apoyar el dedo; otros estaban » ensartados en asadores colosales, y los diablos los re-» gaban con metales fundidos; en fin, al extremo de la » llanura habia una rueda inflamada que aplastaba y » quemaba en su rotacion á un gran número de conde-» nados, y giraba con tal velocidad, que parecia el leve » círculo que forma en el aire la llama de una tea cuan-» do se la agita con rapidez. »

Esta vision se divulgó en la edad-media con el nombre de vision de san Patricio. Los doctores escribieron sermones, los trovadores canciones, y su popularidad

duró tres siglos.

Pero el rey, el dueño, el Cristóbal Colon de los infiernos, es el Dante. Ha hecho de él su dominio, su territorio, y cada uno, al leer su poema, dice lo mismo que decian las mujeres de Ravena al ver su rostro tostado por el sol, y su cuerpo tronzado por el cansancio de las marchas forzadas del destierro: «; Ese es, ese es el que viene verdaderamente del infierno! » Y efectivamente, ¿ quién se ha de figurar otro infierno despues de leer la descripcion que él ha hecho? En ella no hay nada indeciso ni confuso. Su vision toma toda la consistencia de una realidad. Se siguen sus pasos con la vista en la lontananza tenebrosa en que se interna, con la misma facilidad que se sigue el itinerario de un viajero cualquiera sobre un mapa; tanta es la claridad y precision con que ha descrito la topografía siniestra de su infierno. Sus valles tumulares, sus bosques vivos, sus ciudades ardientes, se agrupan y coordinan como los valles, bosques y ciudades terrestres. Rocas colosales amontonadas en forma de puentes atraviesan y facilitan el paso de los fosos impracticables de sus círculos; anchas

calzadas recorren las orillas de sus lagos de sangre hirviendo, de sus rios de pez inflamada, y de sus estanques congelados. Es todo un mundo subterráneo hecho á imagen del nuestro, y que es su fiel trasunto.

Por una de esas concepciones grandiosas y soberanas que al genio pertenecen, ha colocado su infierno sobre el Tártaro antiguo : Aqueronte es siempre el batelero ciego y sordo de sus rios; Minos no ha cesado de presidir los tribunales infernales; todos los genios malos, todos los monstruos de la teogonía pagana pueblan los

diferentes sitios y senderos del abismo.

Solo un gran poeta, solo Milton ha podido volver á abrir las puertas de bronce del infierno, que el Dante parecia haber cerrado para siempre tras sí; pero apesar suyo tal vez, el republicano salvaje no ha hecho mas que trasladar á él los actores del drama sangrien. to de la revolucion inglesa, haciéndolos pasar por la sombría trasfiguracion de la condenacion religiosa. Sus demonios no tienen ni los cuernos ni las uñas de los del Dante: son los facciosos vencidos por una conspiracion gigantesca. ¿Satanás no representa á Cromwell? ¿ y los discursos grandiosos de sus ángeles rebeldes no son los de los puritanos y regicidas, repetidos por los ecos del abismo? En resúmen, su infierno no es sino un parlamento tumultuoso y feroz, y su pandemonium la sala de las sesiones.

Acabamos de pasar revista á los sueños siniestros de los visionarios, á las narraciones terribles de los supersticiosos, y á las concepciones lúgubres de los poetas. Pues bien : hay una alucinacion de una pobre monja estática que las sobrepuja á todas en horrores. Santa Brigida cuenta que fué trasportada un dia al infierno. Era un corredor abovedado, estrecho, sombrío y tan

bajo de techo, que solo se podia andar en cuatro piés. Las dos paredes que le formaban eran tan largas, que se perdian de vista, y habia nichos abiertos en ellas á distancias iguales. En cada uno de estos nichos horrorosos ardia un réprobo : cada uno tenia su alcoba en aquel dormitorio espantoso, y su nombre estaba inscrito encima. Hacia un calor desagradable y sofocante en aquel pasadizo de catacumba, parecido al que se siente en los hornos de cal. Por lo demás, ni el mas leve ruido turbaba su sepulcral silencio. Apénas se percibian de cuando en cuando débiles suspiros. Tal vez nos equivoquemos; pero aquel infierno celular, aquel sistema penitenciario americano aplicado á los condenados, nos parece mas terrible y desesperado que las concepciones mas espantosas del Dante.

Concluirémos aquí esta nomenclatura de sueños y quimeras. ¡Extraña manía es por cierto la de querer sondear los secretos de la venganza divina! No pudiendo obtener respuesta alguna del mundo, la finge de la eternidad; los preguntones imprudentes y necios se han entretenido en contestarse á sí mismos. Han hecho parodiar la justicia humana por la justicia divina; han prestado á Dios las hogueras y tormentos de sus tribunales y de su inquisicion. Así es que todos esos exploradores insensatos, despues de andar á tientas en las tinieblas de la alucinación y de los vértigos, no han podido pasar de la region impenetrable de lo desconocido. No es conveniente querer profundizar el pensamiento sin fondo del infierno, cuya explicacion se ha reservado la eternidad. Guardémonos de inclinarnos demasiado desde la orilla sobre ese abismo en que Dios ha amontonado sus iras, pues podrian salir de él la lo-

#### El mareómetro de San Malo.

La direccion hidráulica del puerto de Brest ha man-dado construir un pozo mareómetro en las aguas de San Servan, en Solidor, cerca de San Malo, y á la embocadura del Rance.

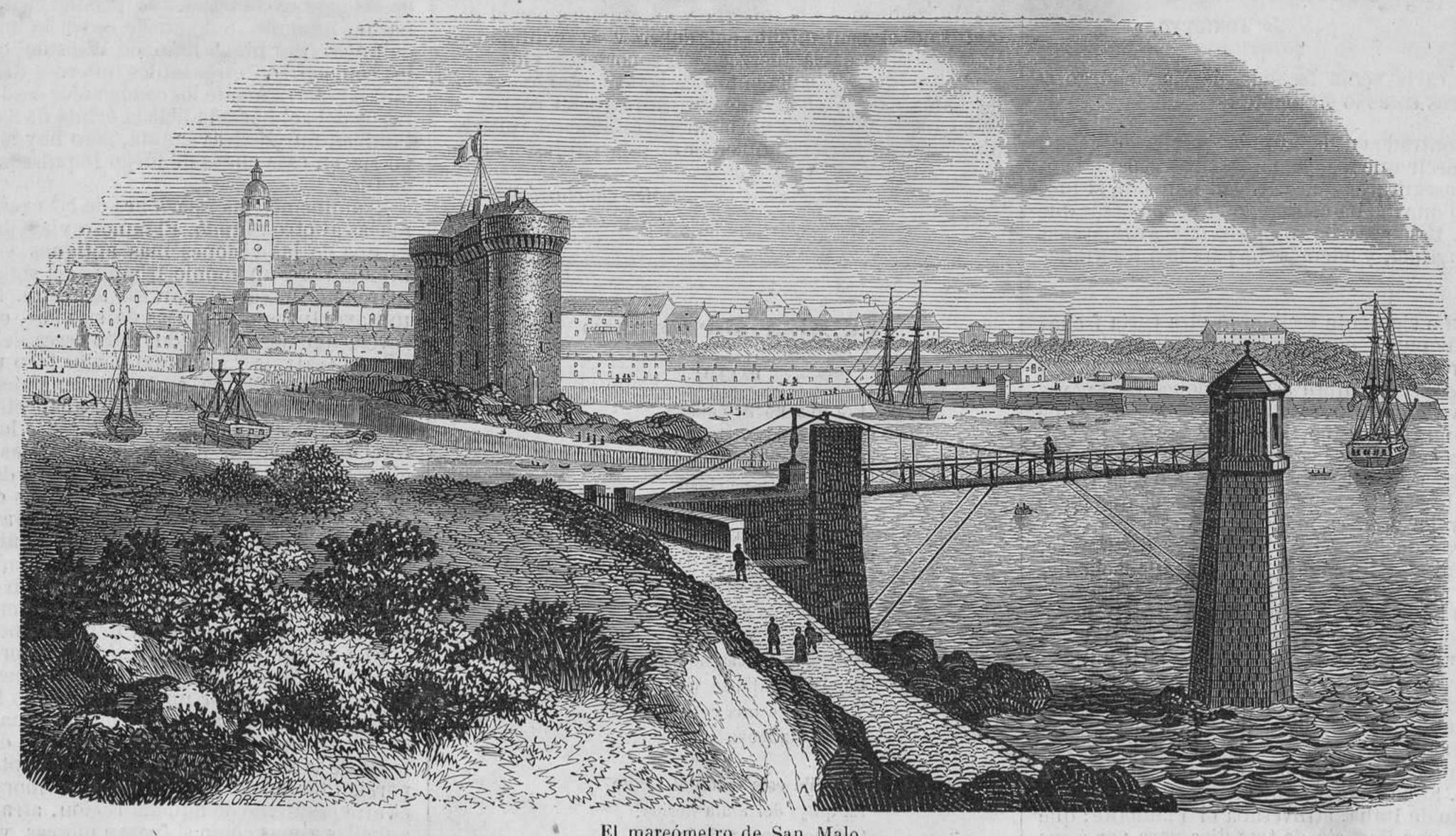
Ese pequeño edificio ha sido establecido con el fin de facilitàr el estudio de las mareas, y de poner en prác-tica un instrumento inventado por M. Chazallon, ingeniero hidrógrafo de la marina, y ejecutado hábilmente por M. Wagner, mecánico de Paris. Desde hace mucho tiempo la ciencia busca la ley que

rige el movimiento de las mareas, y hasta ahora no la ha descubierto. M. Chazallon, encargado por el gobier-no de hacer las observaciones mareométricas que tienen por objeto descubrir aquella ley, obtuvo del mi-nistro de la Marina la autorizacion de establecer pozos mareométricos en diferentes puertos de la Mancha, en

Brest, San Servan y Cherburgo, donde la marea se eleva á diferentes alturas en las mismas horas, (Brest 8 metros, San Servan 14 id., Cherburgo 10 id.) Estos pozos reciben el agua de la mar por una abertura practicada en la base, y que permite que entre el agua subiendo tan pronto como al exterior : el líquido se queda tranquilo y á nivel, á pesar de la agitación que reina por fuera.

cura y la desesperación.

Estos pozos acaban en un compartimiento de obser-



El mareómetro de San Malo.

vacion, donde se halla un instrumento llamado mareometro inventado por M. Chazallon, y que se compone de un cilindro horizontal cubierto con una hoja de papel, cuyo movimiento se halla arreglado por un flotador que sube y baja con la marea; un carrito con un lápiz se halla adaptado sobre este cilindro, que se halla tambien arreglado por una máquina de reloj, y traza sobre el papel las curvas descritas por la marea cuando sube y baja.

Reuniendo todas estas curvas que dan las series de progresion, M. Chazallon se promete descubrir la ley que rige la marea en el globo, enriqueciendo á la ciencia con un nuevo descubrimiento, y á la navegacion

con un conocimiento de grande utilidad. El mareómetro de San Servan es una torre octógona de 5 metros de ancha por su base, y de 3 metros 50 cent. por arriba, lo que la da una forma un tanto piramidal. Está edificada sobre un fondo de rocas. De la base hasta arriba tiene 18 capas de piedra, cada una de 60 cent. de altura. Desde su cúspide se pueden dominar las mas altas mareas. Un pozo de 1 metro 50 cent. de abertura que está en comunicacion con la mar, atraviesa la torre en toda su altura, y desemboca en un compartimiento contenido en el pabelloncito que la termina.

La construccion de este mareómetro honra tanto al ingeniero que ha concebido el plan, M. Dehargue, como al que ha dirigido la obra, M. Maduron. Está edificado con piedra granito de Laber, sacada de las canteras de Brest. Todos los materiales se habian preparado de antemano, y fueron transportados allí por medio de expediciones regulares. Un puente colgante de 19 metros de largo establece la comunicación entre la tierra y la orilla de enfrente.

El alambre empleado para la construccion de este puente habia sido galvanizado, lo que neutraliza el efecto del aire salino que oxida al instante el hierro. Es el primer puente de alambre galvanizado que se hizo en Francia.

El mareómetro se halla colocado bajo las rocas de la Cité, en una rinconada al Sur, lo que le pone tambien

al abrigo de los malos tiempos.

Dominado por un fuerte tan vasto y tan poderoso que podria tener de guarnicion hasta 2,000 hombres, hace juego con esa hermosa torre de Solidor, tan antigua como los anales de la historia bretona, y de una solidez á toda prueba. Visto de la rada, el mareómetro se confunde con las casas de San Servans, tan famosas por sus bonitas cercanías, y parece como que se apoya en la hermosa iglesia de Santa Cruz; y visto de la tierra se destaca por todas partes sobre un bello horizonte.